



TERESA M^a MAYOR FERRÁNDIZ

Monstruos femeninos en la mitología griega

RESUMEN

Los monstruos que aparecen en la mitología griega pueden encarnar la desmesura, la barbarie, lo primitivo, la “*hybris*”... Muchos de ellos son seres de naturaleza “*ctónica*”, hijos de Gea. Abundan los monstruos femeninos porque las mujeres descienden de Pandora, la culpable de todos los males que acechan a la Humanidad (Hesíodo, *Teogonía*, 572-605; *Trabajos y días*, 60-99): Escila, la Gorgona Medusa, Gelo, la Esfinge, las Harpías, las Sirenas, Caribdis... Incluso la bella Helena se considerará una funesta Erinia (*Ilíada*, III, 156-160). Ella misma se desprejará y se autodenominará “*Cara de perra*”, “*kynopis*” (*Ilíada*, III, 180; *Odisea*, IV, 145), porque su extraordinaria belleza tiene un poder mortífero bajo el que ejercen su funesto ejercicio destructor el Ares más asesino y Eris, la Discordia.

PALABRAS CLAVE

Hybris, naturaleza ctónica, Pandora, Simónides de Amorgos, Gorgona, Lamia, Sirenas, atropopaico, Potnia Theron.

Teresa M^a Mayor Ferrándiz

Licenciada en Geografía e Historia

Profesora de Bachillerato y Secundaria

teresa.mayor@gmail.com

Claseshistoria.com

15/03/2012

1. INTRODUCCIÓN: ANORMALIDAD Y MONSTRUOSIDAD

Hay que destacar que, al contrario y a diferencia de otros pueblos (del cercano y/o lejano Oriente), y de otras mitologías, observamos que las divinidades griegas se enfrentaron contra cualquier ser que presentara alguna *anormalidad* anatómica. Los dioses, todos ellos antropomórficos, y los héroes helenos lucharon y ganaron las batallas emprendidas contra seres monstruosos y de formas caprichosas y extrañas, como iremos viendo, poco a poco, en estas mismas páginas. Criaturas espantosas, mixtas, a veces mitad humanas y mitad animales, de proporciones descomunales, de múltiples órganos repartidos por todo su cuerpo (como Argos, encargado de vigilar a la joven Io, provisto de cien ojos) o con un solo órgano en lugar de los dos normales... Pensemos en Equidna, una mujer-serpiente, en la Hidra de Lerna, cuyo cuerpo ostentaba hasta cien serpientes, en los gigantescos cíclopes, con un sólo ojo en el centro de su frente, en la Gorgona Medusa, cuya cabellera estaba formada por múltiples serpientes... Monstruos que encarnan el Caos, la barbarie, el salvajismo, lo primitivo. Es decir, seres que se oponen a la “*norma*”, a la lógica y a la normalidad de un orden legítimo y patriarcal, porque toda desmesura (“*Hybris*”) será objeto de persecución y asesinato. Y la monstruosidad es una especie de desmesura física, que, se opone a la *norma*, al *canon*, que los escultores clásicos consideraron apropiado para representar la figura humana ideal (masculina, por supuesto): *canon de siete cabezas* (Policleto) y *canon de ocho cabezas* (Lisipo y los escultores helenísticos).

Muchos seres monstruosos tienen una evidente naturaleza *ctónica*. Son hijos de Gea, la madre Tierra primordial y primigenia.

En textos y relatos tan importantes como la *Teogonía* de Hesíodo se relatan diversas luchas conocidas como la Gigantomaquia, la Titanomaquia y la Tifonomaquia, donde leemos la sucesiva pérdida de protagonismo teológico de todos estos personajes, seres de naturaleza *ctónica* y apariencia monstruosa, su sustitución y su exterminio por los dioses olímpicos y por héroes (masculinos) protegidos por éstos. O sea, estamos asistiendo al sometimiento de la deidad Gea, la Madre Tierra. Pandora, madre de todas las mujeres y causa de todos los males que afectan a la Humanidad, la versión helena de la hebrea Eva, en cierta manera, también, “*nace de la Tierra*”, pues su hermosa figura de mujer fue modelada, por orden de Zeus, a partir de *barro terrestre*. Por decirlo con otras palabras: Pandora se puede considerar una figura antropomórfica (femenina, claro está) de la telúrica e informe Madre Tierra. Por estas razones, en la mitología griega, hay tantos monstruos femeninos. “*Monstruas*” que, como es lógico, encarnarían distintas modalidades de “*hybris*”. Seres femeninos terribles que, como la bella Pandora, son culpables de males que acechan a todos los seres humanos (Hesíodo, *Teogonía*, 572-605 y *Trabajos y días*, 60-99).

Con tales ideas y prejuicios, antifemeninos y misóginos, no resulta extraño que el sabio Tales de Mileto (siglo VI a. C.) diera gracias a los dioses por “*Haber nacido*”

hombre y no bestia, varón y no mujer, griego y no bárbaro” (Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*, I, 1, 10). Un agradecimiento que se repite, en líneas generales, en esta oración judía procedente del *Talmud* de Judah Ben Ilai, como se afirma en la prestigiosa *Jewish Encyclopedia* de 1905:

Alabado tú que no me hiciste un goy, que no me hiciste mujer y que me has hecho israelita, que no me hiciste esclavo (1).

Y, dos siglos después, el filósofo Platón llegó a formular la tesis de que la naturaleza femenina era una especie de “*purgatorio*”, para que los varones, que habían vivido injustamente, se reencarnasen en mujeres y, así, poder expiar sus culpas y sus delitos, tras su metempsícosis (Platón, *Timeo*, 90 e-91 d), palabra que significa la transmigración de las almas, después de la muerte, a otros cuerpos más o menos perfectos, conforme a los merecimientos alcanzados en la existencia anterior.

Por eso, podemos también afirmar que la incompreensión masculina hacia las mujeres y su misoginia aparecen retratadas en todos y cada uno de los monstruos mitológicos femeninos. Son monstruos que encarnan los celos y el miedo irracional que muchos varones griegos sentían hacia las mujeres y su misterio. Porque ¿qué hay en el interior de una mujer? ¿Cómo está hecha? El poeta Simónides de Amorgos (alrededor del 500 a. C.) nos da una serie de respuestas muy cómicas y, a la vez, terriblemente misóginas, en su célebre “*Yambo*”. El poeta insiste en la naturaleza mixta, mitad animal y mitad ser humano, de las personas de sexo femenino. Y escribe que Zeus hizo a las mujeres usando como “*materia prima*” una serie de animales y/o elementos de la Naturaleza, de los que ellas tomarán los rasgos esenciales de su carácter:

- A una la hizo de una cerda y el resultado es una mujer sucia, perezosa y gorda.
- A otra, de una zorra y la fémina resultante es una persona que todo lo sabe y lo manipula, según su humor cambiante.
- La siguiente fue sacada de una perra y, por eso, “*ladra*” a todo el mundo, sobre todo a su pobre marido.
- De barro moldeó a otra y ésta salió torpe e ignorante.
- Otra la sacó del mar y es cambiante e inestable como el propio mar: pasa de la calma a la más terrible tempestad.
- La siguiente, del asno y es perezosa y se acuesta con cualquier patán.
- La mujer resultante de la comadreja es tan mala que trama la desgracia de todo el mundo.
- La que procede de la yegua es hermosa y coqueta, pero no quiere hacer nada más que todo lo que contribuya a su propio embellecimiento.
- La que fue sacada de la mona, por el contrario, es fea y un auténtico desastre, además de ser enana y *carecer de trasero*. Su aspecto es tan grotesco que provoca hilaridad en quien la mira.

La única mujer buena y sensata, entre tanta calamidad, es la que procede de la laboriosa abeja. Constituye, pues, una excepción porque la mujer (hay que entender: todas las mujeres) es la cosa más mala (*μεγιστον κακόν*) que Zeus hizo.

2. MONSTRUOS FEMENINOS GRIEGOS *(por orden alfabético)

Caribdis

Antes de convertirse en el monstruo que aparece en el Canto XII de la *Odisea*, Caribdis era una hija de Gea y de Poseidón, tremendamente voraz. Fue castigada por Zeus, por haber robado a Heracles varios de los bueyes de los rebaños de Gerión, a los que devoró. Zeus la fulminó con sus poderosos rayos y la precipitó en el mar, donde se metamorfoseó en un monstruo marino que vivía cerca del estrecho de Mesina, y que, tres veces al día, absorbía gran cantidad de agua de mar, tragándose todo lo que flotaba en ella, incluso barcos de gran tamaño, y vomitándolo poco después.

Odiseo, en un primer momento, logra escapar de Caribdis. Pero, cuando sus compañeros desoyeron los consejos del sabio Tiresias y de la maga Circe y cometieron sacrilegio, apresando, degollando y comiendo los bueyes del Sol, Odiseo, sobre el mástil de su navío, después del naufragio, que Zeus propició con un tremendo huracán, fue arrastrado, por segunda vez, ante los remolinos de Caribdis. Se salvó agarrándose a las ramas de una higuera silvestre, que crecía sobre el acantilado donde moraba el voraz monstruo femenino. Y allí aguardó que Caribdis arrojase, de nuevo, la quilla y el mástil de su destrozada embarcación (1).

Equidna

Equidna tiene medio cuerpo de mujer y la parte inferior de serpiente, en lugar de dos piernas humanas. Su origen es discutido. Para Hesíodo era hija de Forcis y de Ceto, que eran, a su vez, hijos de Ponto y de Gea (2). Según otros autores nació de la unión de Tártaro con Gea. Su residencia también variaba, pues, a veces, aparece en el Peloponeso y, otras veces, en Cilicia. Fue madre de numerosos monstruos: Cerbero, la Hidra de Lerna, la Quimera, el León de Nemea, la Serpiente de la Cólquide, guardiana del célebre Vello de Oro, y el Águila que martirizaba día tras día, por orden de Zeus, al Titán Prometeo, benefactor de los seres humanos.

El historiador Heródoto nos narra, en una de las muchas tradiciones referentes al origen mitológico del pueblo escita, que Heracles, al llegar a Escitia se

Encontró en una cueva a un ser biforme, mitad mujer, mitad serpiente; la parte superior de su cuerpo, desde las nalgas, era de una mujer, mientras que la inferior era la de un ofidio.

El héroe dorio, estupefacto, le pregunta si ha visto a sus caballos y Equidna le promete devolverle su ganado, si accede a mantener relaciones sexuales con ella. Heracles acepta el trato y, como resultado de sus muchos encuentros carnales, tuvieron tres

hijos, uno de los cuales se llamó Escita, del que descienden los reyes de los escitas (3).

Empusa

Se trata de un monstruo de carácter infernal que acompañaba a la diosa Hécate, la divinidad de la magia y de los hechizos, que es invocada por las brujas y hechiceros para lograr sus fines. Tal ocurre en el *Idilio II* de Teócrito, donde una muchacha, enamorada de un joven que no le corresponde, invoca a la diosa Hécate, antes de preparar un encantamiento destinado a conseguir el amor de Delfis, con estas palabras:

Hécate infernal, que hasta a los perros estremece cuando pasa entre los túmulos de los muertos y la oscura sangre. Salve, Hécate horrenda, asísteme hasta el fin en la preparación de estos bebedizos para que tengan la virtud de los de Circe, Medea y la rubia Perimede (4).

De Empusa se decía que era, precisamente, hija de Hécate. Tenía pies de bronce y se alimentaba de la sangre y la carne humanas. Para atraer a sus víctimas adoptaba la figura de una mujer bellísima y seductora.

Sin embargo, en la comedia *La Asamblea de las Mujeres* del genial Aristófanes, el muchacho que es arrastrado por dos horrorosas y repugnantes viejas, que tienen preferencia a la hora de tener relaciones sexuales con hombres jóvenes y hermosos, frente a las mujeres jóvenes, bellas y lozanas, por las nuevas Leyes que han dictado las Mujeres que han tomado el poder de la polis, mediante un hábil y astuto golpe de estado (*el mundo al revés*, o el conservador *¡Hasta aquí podríamos llegar!*), se queja amargamente de su triste destino. Una queja que es, en realidad, toda una parodia de las quejas que pronunciaban en las tragedias sus héroes protagonistas:

Vieja: No soy yo, sino la Ley, quien te arrastra.

Joven: ¿La Ley? No, a mí no, sino Empusa cubierta de pústulas sanguinolentas (5).

¡Oh tres veces desgraciado, que tengo que joder sin parar día y noche a una vieja sarnosa y luego, cuando consiga librarme de ella, me espera otra Friné con un lecitio junto a las mandíbulas! ¿No soy un desgraciado o, mejor aún, un hombre de mala suerte a quien el destino le ha gastado una pesada broma, yo, que me veré encerrado junto a unas fieras de esa calaña?... (6)

En la obra de Filóstrato *Vida de Apolonio de Tiana*, se relata cómo este curioso personaje, mitad sabio, mitad mago o *chamán*, desenmascara a una Empusa en la ciudad de Corinto, evitando así la muerte del joven Menipo de Licia, un atleta, fuerte y

hermoso, que se había enamorado de la supuesta mujer fenicia, en realidad la Empusa, que le había escogido como futura víctima. Este relato fantástico inspiró a Goethe su balada *La Novia de Corinto*, que escribió en torno al año 1799.

Las Erinias

Las Erinias, según *La Teogonía* de Hesíodo, nacieron de las gotas de sangre que cayeron a la Tierra, cuando el cruel dios Crono castró a su padre, el no menos cruel dios Urano, con la enorme hoz que le dio su propia madre Gea, la Tierra, quien le había instigado para que cometiera tal acción:

Cuantas gotas de sangre salpicaron, todas las recogió Gea. Y al completarse un año, dio a luz a las poderosas Erinias (7).

Pertenecen, pues, a las divinidades más arcaicas y primordiales del rico panteón helénico. En un principio no se conoce su número, pero, posteriormente, quedan reducidas a tres: Alecto, Tisífone y Megara. Son genios femeninos, alados y monstruosos, que exhiben serpientes en su cabeza, entremezcladas con sus cabellos. Su misión más importante es perseguir los delitos de sangre cometidos contra los miembros de la propia familia, sobre todo los parricidios. Se ceban en los Atridas, pues a consecuencia del sacrificio de la virgen Ifigenia, impulsan a su madre Clitemestra a asesinar a su esposo el rey Agamenón, castigándola después con la muerte, a manos de su propio hijo Orestes, a quien, a su vez, persiguen enloqueciéndole.

En la *Eneida* de Virgilio, las Erinias aparecen como divinidades infernales que atormentan las almas de los muertos condenadas al Tártaro. Esta concepción es fruto de las influencias de la religión etrusca, llena de genios poderosos y crueles, de seres infernales monstruosos y de espíritus malignos (*lemures* o *larvas*), algunos de gran belleza, como, probablemente, esa fascinante escultura de 57'5 centímetros que es conocida como la "*Ombra della Sera*", muy cercana a la sensibilidad contemporánea.

Escila

Se cree que era otro monstruo femenino hijo de la diosa Hécate, aunque también se dice que sus padres fueron Tifón y Equidna.

Tenía forma de mujer, pero la parte inferior de su cuerpo, a partir de sus ingles, estaba formada por seis medio perros muy voraces y agresivos. Estaba emboscada en una cueva en el estrecho de Mesina, frente a Caribdis. La distancia entre ambas criaturas monstruosas era *de un tiro de flecha*, según Homero. Allí atrapaba a los infortunados marinos que pasaban, con sus barcos, cerca de su guarida, y los devoraba con avidez, hasta los huesos. Homero, en la *Odisea*, nos la describe con estas palabras:

Se parece su grito, en verdad, al de un tierno cachorro, mas su cuerpo es de un monstruo maligno, al que nadie gozara de mirar aunque fuese algún dios quien lo hallara a su paso; tiene en él doce patas, mas todas pequeñas y deformes, y son seis sus larguísimos cuellos y horribles cabezas cuyas bocas abiertas enseñan tres filas de dientes apretados, espesos, hinchidos de muerte sombría. La mitad de su cuerpo se esconde en la cóncava gruta; las cabezas, empero, por fuera del bátrio horrible van mirando hacia el pie de la escarpa y exploran su presa, sean delfines o perros de mar, o quizá, algo más grande, un cetáceo entre miles que nutre la aullante Anfitrita (8).

Varios relatos y tradiciones explicaban el origen de Escila. Ovidio nos cuenta que Escila fue una hermosa muchacha que fue amada por Glauco, quien rechazó a la maga Circe, y ésta se vengó en su rival femenina. Para ello, mezcló unas hierbas mágicas con terribles jugos y sortilegios de Hécate, que esparció donde solía bañarse Escila.

Llega Escila y se había sumergido hasta el vientre cuando contempla que sus ingles se afean por unos monstruos ladrones; y al principio, creyendo que aquéllas no eran partes de su cuerpo, se escapa y se aleja y teme las horribles bocas de los perros, pero arrastra consigo a los que esquivo y, al buscar la forma humana de sus muslos y de sus piernas y de sus pies, encuentra en lugar de aquellas extremidades hocicos propios de Cerbero, y sujeta con las mutiladas ingles y con el vientre que sobresale los lomos de las fieras que están bajo ellos (9).

Mito que recoge Higino en sus *Fábulas*:

Se dice que Escila, hija del río Crateide, era una hermosísima doncella. Glauco se enamoró de ella, pero a Glauco lo amaba Circe, hija del Sol.

Como Escila solía ir a lavar al mar, Circe, hija del Sol, a causa de los celos, envenenó el agua con pócimas. Al meterse Escila en el mar, le nacieron perros de las ingles y adquirió un aspecto atroz. Ella vengó sus ofensas arrebatando a Ulises sus compañeros cuando pasó navegando ante ella (10).

También se cuenta que la metamorfosis de Escila se produjo por los celos de Anfitrite, porque Poseidón, su esposo, estaba enamorado de la joven y, por eso, la diosa marina, en un arranque de rabia, pide a Circe que metamorfosee a su rival y la convierta en un monstruo (11).

Sin embargo esta Escila se confunde con otra Escila, que era hija de Niso, rey de Mégara, que se enamora del rey Minos, enemigo de su padre y de su patria, cuando éste último sitiaba su ciudad con sus ejércitos. Según una leyenda Niso sería invencible mientras conservara en su cabellera un mechón de cabellos mágicos, una especie de poderoso talismán, de color púrpura. Una noche la joven penetra en la

habitación de su padre y, mientras dormía, le corta el mechón púrpura, buscando, con esta traicionera acción, conseguir el amor de Minos:

El amor me aconsejó esta acción; yo, la real descendiente de Niso, Escila, te entrego los penates de mi patria y los míos. No te pido ninguna recompensa, sino a ti. Coge como prenda de mi amor el cabello de púrpura y no creas que ahora yo te entrego un cabello sino la vida de mi padre (12).

Sin embargo el rey de Creta rechazó, horrorizado, a la muchacha, quien se agarró a la nave extranjera, al verlo partir, ahogándose. Para algunos autores fue transformada en ave marina: el martinete o la gaviota, condenada a volar sin descanso sobre las olas del mar. Para otros, en el monstruo ya descrito. Esta leyenda recuerda el conocido relato bíblico de Sansón y Dalida (*Jueces*, 16).

En el Museo Arqueológico Nacional de Madrid se conserva un recipiente de cerámica, un ascos de 33,5 centímetros de altura, con una representación escultórica de Escila en su parte superior, donde aparece la monstruosa mujer con cola de dragón marino y dos medios cuerpos de perro. Su imagen está más humanizada, alejada de la horrible descripción que nos hace Homero en la *Odisea*. Aquí aparece como una especie de *ser iniciático*, una guía de las almas de los difuntos hacia las regiones tenebrosas del Hades. Este ascos podría tener una función funeraria, ya que el Mar, con sus múltiples peligros y sus misteriosas criaturas marinas y seres monstruosos, uno de los cuales era Escila, estaba considerado como una especie de puente entre el mundo de los vivos y el Hades (14).

La Esfinge

Hesíodo nos relata el origen de la Esfinge en la Teogonía (verso 326):

Esta (Equidna), amancebada con Orto, parió a la funesta Esfinge, ruina para los cadmeos (15).

Pero, también, se decía que su padre era el monstruo ctónico Tifón, el menor de los hijos de Gea, que fue criado por la Serpiente Pitón en Delfos y que se enfrentó a Zeus y estuvo a punto de acabar con el propio dios, al arrancarle los tendones y dejarle indefenso...

La Esfinge era un monstruo originario de Egipto, donde se le representaba con cuerpo de león y cabeza humana, masculina, tal y como aparece en Gizeh, con el rostro del faraón Kefrén. De Egipto pasó a Grecia, donde se convirtió en un ser bello pero terrible, con hermosa cabeza y sensuales pechos femeninos, cuerpo y garras de leona, alas de águila y cola de serpiente. Un ejemplo lo tenemos en la Esfinge de los Naxios del Museo Arqueológico de Delfos, donde la mítica Ogresa es representada con los rasgos típicos de una *koré* arcaica.

La más famosa de todas fue la Esfinge de Tebas, enviada por la diosa Hera a esta ciudad para castigar a su rey, Layo, por haber raptado y violado al joven Crisipo, hijo de Pélope, héroe epónimo del Peloponeso. La Esfinge se instaló en una colina próxima a la ciudad cadmea y devoraba a los viajeros que pasaban por allí, ya que éstos no sabían resolver los *enigmas* que les planteaba. Sólo Edipo, hijo y asesino involuntario de Layo, supo encontrar la respuesta adecuada. La Esfinge, al verse vencida, desapareció lanzándose al vacío. Sófocles pone en boca de Edipo estas desafiantes palabras cuando se enfrenta, dialécticamente, con el sabio adivino Tiresias:

Y yo, Edipo, el que nada sabía, llegué y la hice callar consiguiéndolo con mi habilidad, y no por haberlo aprendido de los pájaros (16).

En la primera escena de esta maravillosa tragedia, *Edipo rey*, un sacerdote le dice a su soberano:

Tú que, al llegar, liberaste la ciudad Cadmea del tributo que ofrecíamos a la cruel cantora (17).

O sea, que la Esfinge tebana atrae a sus futuras víctimas con el mágico poder de su canto, como las Sirenas, otros monstruos femeninos que, también, recurrirán al canto, para atrapar a los incautos marineros que les servirán de alimento.

El Enigma que la Esfinge propuso a Edipo era la pregunta:

¿Cuál es el animal que por la mañana anda con cuatro patas, por la tarde con dos y de noche con tres? (18).

Edipo acertó con su respuesta:

- El hombre.

El Enigma de la Esfinge define al hombre por la evolución de su forma de andar, como destacan Jean-Pierre Vernant y Pierre Vidal-Naquet (17), porque a diferencia de todos los animales, que a lo largo de toda su vida, emplean siempre el mismo modo de locomoción, el ser humano es el único ser vivo *cambiante*: de niño se desplaza con sus dos manos y sus dos pies, gateando; de adulto, con sus dos pies; y, finalmente, en el ocaso de su vida, cuando es un anciano, emplea un bastón. Es decir, que la pregunta de la Esfinge esconde, en su interior, otra más profunda que se puede plantear así: "*¿Sabes quién eres tú en realidad?*". O bien, "*¿Quién eres?*". Una pregunta que enlaza con el famoso *apotegma* del templo de Apolo en Delfos: "*Conócete a ti mismo*". Por eso, el viajero Pausanias nos hace notar que el Enigma de la Esfinge era, en realidad, un oráculo procedente de Delfos (19). Así pues, a la Esfinge se la puede definir como "*una mujer-bestia portadora de enigmas*" (20). Iconográficamente muchas esfinges griegas están dotadas de una rara belleza y de una sexualidad agresiva y salvaje. En muchas pinturas sobre cerámica aparecen representadas echadas sobre sus víctimas masculinas, atrayéndolas violentamente hacia sí, con gran avidez erótica. Su actitud para con los jóvenes efebos es agresiva,

mientras que la de los muchachos, que aparecen desnudos, o semidesnudos, y atrapados entre sus garras, es pasiva. O sea, inversión de los roles sexuales tradicionales, una violación llevada a cabo por un ser híbrido, de sexo femenino, que domina y somete a un varón que permanece asustado, convertido en su víctima, en su presa, frente a la agresión de su antagonista, la Esfinge, en realidad una *hembra fálica*. Sexualidad tiránica, como el poder tiránico que, también, ejerce sobre la ciudad de Tebas. Inversión de roles eróticos, pues es la Esfinge quien ocupa la posición dominante, quien sujeta, y atrae hacia sí a un hombre desnudo, ella es la Ogresa Violadora, sedienta de placer sexual y de sangre (Eros y Tánatos), cuyo propio nombre significa Estranguladora, que da a los hombres una muerte impropia de su condición masculina, es la doncella locuaz y devoradora de carne cruda. Ella es la peligrosa amante que acecha a sus víctimas masculinas para unirse a ellas en una cópula mortal para transportarlas al reino de la Muerte (21). La Esfinge a pesar de su condición femenina asume muchos aspectos que formaban parte del quehacer viril: macho activo en el coito y ciudadano con derechos políticos. Dos cualidades que representaban un rol opuesto al tradicional femenino, cuyas características eran la pasividad, la castidad, la modestia y el confinamiento en el *gineceo* del *oikos*. Virtudes femeninas que se podían englobar en el concepto "*sofrosyne*".

En los versos 471-472 de la tragedia "*Electra*" de Eurípides se nos describe el casco de oro del mítico héroe Aquiles, en el que destacaban "*Esfinges llevando entre sus uñas la presa (ágra)*", o sea, a un joven efebo vencido por la seductora y peligrosa Ogresa. También el casco de la diosa Atenea estaba adornado por una Esfinge. En ambos casos observamos que su imagen cumplía una función claramente *apotropáica*, muy semejante a la de la Gorgona, que, también, adornaba la parte central del escudo de la diosa protectora de Atenas y que decoraba, bien pintada, o bien en la forma de un relieve escultórico, muchos escudos de hólitas griegos.

Gelo

Gelo era un ser de ultratumba. Un fantasma de una muchacha lesbiana que había muerto sin tener hijos y, envidiosa, su espectro, en realidad un alma en pena, se dedicaba a raptar a niños y niñas pequeños. Se puede confundir con Mormo y Mormólice. También guarda muchas semejanzas con Lamia.

Gorgonas

Hesíodo nos da el nombre de las tres Gorgonas, hijas de Forcis y Ceto, dos divinidades marinas de la primera generación divina, que eran hijas de Gea y de Ponto y, por tanto, hermanos de padre y de madre:

Las Gorgonas que viven al otro lado del ilustre océano, en el confín del mundo hacia la noche, donde las Hespérides de aguda voz: Esteno, Euríale y la Medusa desventurada; ésta era mortal y las otras inmortales y exentas de vejez (22).

En la mayoría de las representaciones artísticas, de época arcaica, la Gorgona presenta un aspecto terrorífico: de sexo indeterminado, masculino y femenino a la vez, garras de bronce, rostro feísimo, barbudo y dotado de una fállica y larga lengua, que exhibe de manera agresiva, dientes puntiagudos y serpientes en vez de cabellos. Su poder residía en su mirada mortal, que convertía a los seres humanos en piedra, los petrificaba. O sea, no se afrontaba únicamente la muerte, sino que, como explica Jean-Pierre Vernant, se sufría una metamorfosis que convertía al ser humano en mineral, y, por tanto, se produciría la pérdida de la flexibilidad, de la ligereza, del calor, cesarían los latidos del corazón, la suavidad del cuerpo (23). Incluso después de haber sido decapitada por la espada de Perseo. Por esta razón, en el centro del escudo de muchos hoplitas se pintaba su cabeza, para que tuviera el poder de paralizar a sus enemigos (magia simpática) y para simbolizar uno de los muchos rostros de la Muerte (24).

En una de las metopas de uno de los templos dóricos de Selinunte, de fines del siglo VI a. C., conservada en el Museo Arqueológico de Palermo (Sicilia), Medusa es representada en el momento en que el héroe Perseo, ayudado por la diosa Atenea, le corta su horrible cabeza.

En el centro de uno de los dos frontones del templo de Ártemis en Corfú, alrededor del 500 a. C. aproximadamente, nos encontramos el mismo modelo de Gorgona. En esta ocasión, viste un *peplo* corto, atado con un cinturón formado por dos serpientes entrelazadas.

Ovidio, en sus *Metamorfosis*, nos cuenta la triste historia de Medusa, una hermosa ninfa:

Ella era de una belleza resplandeciente y fue esperanza deseada por muchos pretendientes, y en toda ella nada hubo más notable que su cabellera (...) Se dice que a ella la violó el soberano del mar en el templo de Minerva; se volvió y ocultó con la égida su casto rostro la hija de Júpiter y, para que esto no quedara sin castigo, convirtió en repulsivas serpientes la cabellera de la Gorgona. También ahora, (Atenea o Minerva) para aterrorizar a sus enemigos, que quedan paralizados por el miedo, lleva delante de su pecho las serpientes que ella produjo (25).

La imagen, que nos transmiten estas palabras, resulta muy contradictoria, pues se nos aparece una mujer-monstruo dotada de una belleza horrenda, donde destaca la visión repulsiva de las serpientes que ocupan el lugar de los cabellos (26). La supuesta belleza de Medusa aparecía ya en la *Pítica XII* del poeta Píndaro, y sus relaciones

sexuales con Poseidón (en realidad el latino Ovidio nos habla de una violación de la que Medusa fue doblemente víctima) las había narrado Hesíodo en su *Teogonía*:

Con ella sola se acostó el de Azulada Cabellera en un suave prado, entre primaverales flores. Y cuando Perseo le cercenó la cabeza, de dentro brotó el enorme Crisaor y el caballo Pégaso. A éste le venía el nombre de que nació junto a unos manantiales del Océano, y a aquél porque tenía en sus manos una espada de oro (27).

La historia de la Gorgona Medusa está vinculada al héroe Perseo, hijo de Zeus y Dánae. Cuando Perseo le cortó la cabeza también recogió su sangre, que estaba dotada de grandes poderes mágicos, pues podía devolver la vida a los muertos o ser usada para elaborar poderosos venenos mortales. Esta sangre fue entregada a Atenea, que, a su vez, se la dio a Asclepio, dios de la medicina e hijo del dios Apolo, quien usó ampliamente sus propiedades para devolver la vida a muchos difuntos (27).

Iconográficamente la Gorgona Medusa es representada de dos maneras muy diferentes. Entre los siglos VIII, o VII, y V a.C. se acentúan sus rasgos más feroces: ojos enormes que miran de frente y una boca abierta que muestra unos enormes colmillos. Así es representada en una metopa de piedra caliza que procede de un templo de Selinunte (hacia el 530 a. C) y que se conserva en el Museo Arqueológico de Palermo (Sicilia) y en el relieve de un tímpano del templo de Ártemis de Corfú (hacia el 580 a.C.). Poco a poco sus rasgos se van humanizando hasta aparecer representada por los artistas como una mujer hermosa. Esto ocurre ya en el siglo V a.C. y sobre todo en el helenismo, a partir del siglo IV a. C. Como ejemplo podemos citar a la llamada "*Medusa Rondanini*", de expresión triste y melancólica, una copia romana de una obra griega del siglo V a.C.

Las Grayas

Las Grayas son otro trío de hermanas que personifican la Vejez Eterna. En griego antiguo la palabra *anciana* se dice "*grays, graós*", y en griego moderno el término que designa la ancianidad es "*giras*" y *viejo* se dice "*geros*". Ellas, pues, nacieron ya ancianas, tal y como nos lo cuenta el poeta Hesíodo:

A su vez Ceto tuvo con Forcis a las Grayas de bellas mejillas, canosas desde su nacimiento; las llaman Viejas los dioses inmortales y los hombres que pupulan por la tierra (28).

Son, como acabamos de ver, hermanas de las Gorgonas y, también, como ellas, su número es tres, aunque Ovidio, que las llama con el patronímico Fórcides, por ser hijas de Forcis, dice que son dos:

Bajo el helado Atlas hay un lugar que se extiende protegido por la defensa de una maciza mole; que en su entrada habitaban las hermanas Fórcides, que compartían el uso de un único ojo; que él (Perseo) con hábil astucia a escondidas, lo cogió colocando debajo su mano y que, por lugares secretos y muy inaccesibles y por roquedales erizados de resonantes arboledas, alcanzó las mansiones de las Gorgonas, y que por todas partes vio a lo largo de los campos y de los caminos imágenes de hombres y de fieras convertidas en piedra de lo que eran con la contemplación de Medusa (29).

El único mito en el que intervienen las Grayas es, como hemos leído en estos versos del latino Ovidio, el de Perseo. Sólo tenían un único ojo y Perseo se lo arrebató, para dirigirse, directo, hacia Medusa y cortarle la cabeza. Así el héroe pudo pasar sin ser visto y realizar su empresa.

Eratóstenes, en *Catasterismos*, nos narra esta misma escena y, de paso, nos informa de que el poeta trágico Esquilo escribió una obra titulada *Las Fórcides*, desgraciadamente hoy perdida, como tantas y tantas obras, y de la que sólo conservamos un pequeño fragmento (el Fr. 262 N). Y, después de su inciso, continúa con su versión de la historia del héroe Perseo:

Las Gorgonas tenían como guardianas a las Grayas. Estas tenían un solo ojo que se intercambiaron en la guardia. Perseo esperó el momento oportuno del cambio, se hizo con él y lo arrojó a la laguna Tritónide. De este modo tuvo el camino libre contra las Gorgonas, que estaban dormidas, y cortó la cabeza de Medusa (30).

Como tenían un solo ojo y un solo diente, podríamos pensar en seres disminuidos, pero no es cierto, ya que las tres monstruosas hermanas se lo pasan de una a otra, de manera continua, y ese ojo, siempre abierto, está siempre al acecho. Su único diente también lo utilizan por turnos, igual que sucede con el ojo, pero aún así, pueden devorar a seres humanos (31). Sus nombres son Dino, Enío y Penfredo. Hesíodo, que, también, como Ovidio, cree que son dos, nos da sólo los nombres de:

Penfredo de bello peplo y Enío de peplo azafrañado (32).

Sin embargo, la tradición añade una tercera Graya, Dino, para armonizar su número con el de sus hermanas Gorgonas.

Harpías

En la lengua española existen dos formas ortográficas para designar esta misma palabra: *arpías* y *harpías*. Algo similar ocurre con *armonía*, que también se puede escribir con h: *harmonía*. Y con *hilotas/ilotas*. Ahora bien, las formas sin "h" son antietimológicas, aunque la R.A.E. las admite, porque la "h" es la transcripción española del espíritu áspero griego con el que comienzan todas estas palabras.

Las Harpías son unos genios alados femeninos preolímpicos, cuya genealogía nos la refiere Hesíodo:

Taumante se llevó a Electra, hija del Océano de profundas corrientes. Esta parió a la veloz Iris y a las Harpías de hermosos cabellos, Aelo y Ocípeta, que con sus rápidas alas compiten con las ráfagas de los vientos y con las aves; pues ya se lanzaban por los aires (33).

Son, pues, como las Sirenas, seres femeninos híbridos, mitad mujer y mitad ave. Mujeres-pajarraco dotadas de poderosas garras y aspecto terrorífico, cuando no repulsivo.

Virgilio en la *Eneida* las presenta así:

*Estrófadas hoy llaman los griegos a las islas del ancho mar Jonio
Donde habita la odiosa Celeno y las demás Harpías después que se cerró
La mansión de Fineo y les forzó el temor a abandonar las mesas anteriores.
Jamás ha habido monstruo más funesto ni plaga más cruel lanzó la ira divina
de las andas estigias. Es de muchacha el rostro de estas aves; su vientre
depone la inmundicia más hedionda. Tienen las manos corvas.
El hambre empalidece de continuo su faz.
Cuando al llegar allí entramos en el puerto, ¡qué sorpresa!
Espancidos por el llano vemos manadas de lustrosos toros
Y ganado cabrío entre la yerba sin guardián alguno.
Nos lanzamos sobre ellos hierro en mano. Invocamos a los dioses
y al mismo Júpiter ofreciéndoles parte de la presa.
Preparamos los lechos en la corva ribera
Y comemos el más rico festín. De pronto las Harpías
Bajando de los montes en horrenda calada hacen su aparición.
Baten las alas con crujido imponente.
Nos van arrebatando los manjares y todo lo mancillan*

Con su contacto inmundo. Nos aturden sus gritos repulsivos y su fétido olor.

Esta vez instalamos las mesas en lugar retirado, al abrigo de socavada peña,

Cerrada en derredor por las hórridas sombras de los árboles.

Avivamos el fuego en los altares.

Y por segunda vez desde el confín opuesto del cielo va saliendo

De sus antros la turba vocinglera y el torno de la presa

Revolotea con sus corvas garras e impregna

Los majares con sus labios. Doy órdenes a mis hombres

De que empuñen las armas. Es hacer la guerra a aquella odiosa plaga.

Cumplen lo que les mando.

Y Celeno, una de las tres Harpías, profetiza a Eneas y a los troyanos que le acompañan lo siguiente:

"¿Queréis hacernos guerra, hijos de Loamedonte,

en pago de los toros degollados y de nuestros novillos abatidos

y queréis arrojarnos de nuestro reino patrio

inmerecidamente? Pues cuidado de acoger y grabar en la mente mis palabras;

las que predijo a Apolo el Padre omnipotente,

que a mí me transmitió Febo Apolo

y que yo, la mayor de las Furias, os revelo a vosotros. Os dirigís a Italia.

Invocando a los vientos lograréis arribar a sus puertos.

Mas no conseguiréis amurallar la ciudad prometida sin que un hambre cruel.

Por la ofensa que nos habéis causado, os obligue primero a devorar

a dentelladas vuestras propias mesas". Así dijo y batiendo las alas

huyó de nuevo al bosque. Un súbito pavor cuaja la sangre helada de los míos.

*Se les abate el ánimo. No quieren ya acudir a las armas
sino pedir la paz con promesas y ruegos, lo mismo si son diosas
que solo horrendas y agoreras aves (34).*

La distinción iconográfica entre las Sirenas y las Harpías se hace muy difícil, hasta el momento en que las Harpías empiezan a ser representadas con patas palmeadas como los patos y los cisnes. El poeta Ariosto añade, a su aspecto atroz, otro rasgo monstruoso más: una larga cola de serpiente (35). Pero la confusión no llega a aclararse del todo, ahora bien, si las Sirenas destacan por algo, es por la belleza y el poder seductor de sus voces, con las que atraen a los marineros, como luego veremos...

Su número varía de dos a tres. Homero las identificaba con vientos tempestuosos que son capaces de precipitar a los seres humanos a los abismos subterráneos del Hades. Así sus nombres hacen referencia a fuerzas desatadas de la propia Naturaleza: Aelo, *Viento Tempestuoso*, Celeno, *Nube Tormentosa o Borrasca*, y Ocípeta, *Vuela Rápido o Viento Veloz*.

Eran, pues, unas terribles raptoras de almas humanas y, con mucha frecuencia, se las representa sobre tumbas, apoderándose del espíritu del ser humano que acaba de morir, un adulto o un niño pequeño, al que lleva entre sus garras.

En el mito de los Argonautas aparecen como seres repulsivos que arrebatan y ensucian, con sus repugnantes excrementos, la comida del rey Fineo. Fueron dos hijos del dios del viento Boreas, llamados Zetes y Calais, quienes expulsaron, definitivamente, a estas espantosas mujeres-pajarraco de las tierras de Tracia (36).

Higino nos cuenta que este Fineo estaba dotado del don de la profecía por voluntad del dios Apolo, pero que

Como desvelaba las decisiones de los dioses, Júpiter lo cegó y puso permanentemente a su lado a las Harpías, que se llaman los perros de Júpiter, para que le arrebataran la comida de la boca (37).

Ovidio nos informa de una perra de Acteón, que acabó junto con otros muchos canes de su jauría, con la vida de su propio amo, al ser éste castigado por la diosa Ártemis, que se llamaba Harpía (*Metamorfosis*, III, 215).

Dice el poeta Ovidio que las Harpías dieron a luz a **las Estriges**, mucho más horrosas que sus espantosas madres, con hábitos nocturnos y una clara predilección por nutrirse de la sangre y la tierna carne de niños pequeños. También el mismo Ovidio nos relata el caso del rey Procas que, cuando era un niño de pañales, fue atacado por las Estriges, siendo salvado por la Ninfa Crane o Carna:

Hay unos pájaros voraces, no los que engañaban las fauces de Fineo con los majares, pero tienen la descendencia de ellos. Tienen una cabeza grande, ojos fijos, picos aptos para la rapiña, las plumas blancas y anzuelos por uñas. Vuelan de noche y atacan a los niños, desamparados de nodriza, y maltratan sus cuerpos, que desgarran en la cuna. Dicen que desgarran con el pico las vísceras de quien todavía es lactante y tienen las fauces llenas de la sangre que beben. Su nombre es "vampiro" (striges); pero la razón de este nombre es que acostumbra a graznar (stridere) de noche en forma escalofriante. Así pues, tanto si estos pájaros nacen, como si los engendra el encantamiento y son viejas brujas que un maleficio transforma en pájaros, llegaron a meterse en la habitación de Procas. Este, que había nacido en dicha habitación, era con sus cinco años de edad un botín fresco para los pájaros, que chuparon el pecho del niño con sus lenguas voraces; el desgraciado muchacho daba vagidos y pedía socorro. Asustada por la voz de su pupilo acudió corriendo la nodriza y halló sus mejillas arañados por las aceradas uñas. ¿Qué podía hacer? El color de su cara era el que suelen tener las hojas tardías a las que ha marchitado el recién llegado invierno. Fue en busca de (la ninfa) Crane y le contó lo sucedido. Crane le dijo: "Abandona tu temor, tu pupilo se salvará". Se llegó a la cuna; el padre y la madre lloraban. Ella les dijo: "Contened vuestras lágrimas, yo lo voy a curar". Inmediatamente tocó tres veces consecutivas las jambas de la puerta con hojas de madroño; tres veces con hojas de madroño señaló el umbral. Salpicó con agua la entrada (el agua también era medicina) y sostenía las entrañas crudas de una marrana de dos meses. Y dijo del siguiente modo: "Pájaros nocturnos, respetad el cuerpo del niño; por un pequeño es sacrificada una víctima pequeña. Tomad, os lo ruego, corazón por corazón y entrañas por entrañas. Esta vida os entregamos por otra mejor". Cuando hubo sacrificado de esta manera, colocó al aire libre las entrañas partidas y prohibió a los que estaban presentes en la ceremonia volver la vista atrás. Colocó una vara de Jano, tomada de la espina blanca, donde una pequeña ventana daba luz a la habitación. Cuentan que, con posterioridad a aquel rito, los pájaros no ultrajaron la cuna y el niño recobró el color que antes tenía (38).

En el famoso Banquete de Trimalción, de la novela *El Satiricón* de Petronio, este personaje literario narra a los comensales la historia de la muerte de un capadocio, fuerte como un toro, que, espada en mano, atacó a las Estriges después de que éstas dieran muerte a un hermoso esclavito:

(...) De un momento a otro las Estriges se pusieron a ulular. Parecían perros en pos de una liebre. Teníamos a la sazón un hombre de Capadocia, grande, muy valientito y con una fuerza tal que podía alzar un buey enfurecido. Entonces éste desenvainó su espada, se envolvió con cuidado el brazo izquierdo y se abalanzó a la puerta. Una vez

afuera, atravesó a una de esas mujeres más o menos por esta parte; ¡que los dioses me preserven lo que tocó! Oímos un gemido pero, sin mentir, no pudimos ver a ninguna de ellas. El enorme tipo, apenas entró, se tiró a la cama. Todo su cuerpo lo tenía lívido, como si lo hubieran azotado. No cabían dudas de que lo había tocado una mano nefasta. (...) Es necesario, por favor, que creáis en la existencia de mujeres que se las saben más que nosotros, en la existencia de las Nocturnas, que todo lo ponen boca abajo. En cuanto a nuestro valiente grandazo, después de este suceso, no recobró nunca su color normal. Más aún, al cabo de pocos días murió en pleno delirio (39).

Actualmente la palabra *harpía* designa a una persona de carácter muy fuerte, de mal genio, violenta y malvada. La expresión "*ponerse como una harpía*", que se aplica solamente a las mujeres, significa "*enfadarse de forma muy violenta, perdiendo completamente el control, o los estribos, y desmadrándose*" o "*estar dominada por la hybris*". En resumen, carecer de "*mesura*", de la "*sofrosyne*" griega.

Hecate

Es el nombre de la diosa griega de la magia, de los hechizos y los encantamientos. Hesíodo la presenta como hija de Perses y Asteria:

Embarazada ésta, parió a Hécate, a la que Zeus Crónida honró sobre todos y procuró espléndidos regalos, la suerte de participar en la tierra y el mar estéril. Ella también obtuvo en lote la dignidad que confiere el estrellado cielo y es especialmente respetada por los dioses inmortales.

Descendiente directa de los Titanes, Zeus no la castigó como a éstos, sino que fue aumentando su poder y sus atribuciones:

En nada la maltrató el Crónida ni tampoco le quitó nada de lo que recibió en suerte entre los primeros dioses, los Titanes; sino que sus atribuciones son las mismas que tuvo desde el principio.

Así pues, la diosa extiende sus múltiples beneficios a todos los seres humanos:

Al que ella quiere, grandemente le asiste y ayuda; en el juicio se sienta junto a los venerables reyes, y en el ágora hace destacar entre la gente al que ella quiere. O cuando armados de coraza marchan los varones hacia la guerra destructora de hombres, allí la diosa asiste a los que quiere decididamente concederles la victoria y encumbrarles de gloria.

(...) Cuando los jóvenes compiten en juegos, allí los asiste y ayuda la diosa.

(...) A los que trabajan en el mar intransitable y elevan sus súplicas a Hécate (...), fácilmente la ilustre diosa les concede abundante pesca y fácilmente se la quita cuando parece segura si así lo desea su corazón.

Es capaz de aumentar el ganado en los establos junto con Hermes (...) Goza de gran respeto entre todos los Inmortales por sus prerrogativas. El Crónida la hizo criadora de los jóvenes que después de ella vieron la luz de la Aurora que a muchos alumbra. Y así, desde siempre, es criadora de la juventud y éstas son sus atribuciones (40).

Como diosa nutricia y protectora de la juventud compite con los dioses gemelos Ártemis y Apolo. Además es la diosa más importante de todo tipo de magia, y, como tal, está ligada al mundo de las sombras y de la noche, confundándose con otras diosas como Ártemis (hasta el punto de que se la puede identificar con la parte negativa y secreta de esta diosa), Selene y Perséfone. Por eso, se la conoce como "Triplex", "Triformis", "Trigemina" y "Triceps" (41). Diosa una y triple, trinidad lunar y femenina, concentrada en una sola figura de mujer. Su aspecto puede resultar monstruoso: mujer triple o, bien, con tres cabezas, *tricéfala*.

Servio, en sus *Comentarios a la Eneida*, destaca su apariencia multiforme y sus genealogías entremezcladas:

Cuando está sobre la tierra se cree que es Luna; bajo tierra, Proserpina. Por esta razón les parece a algunos que es triple, porque la Luna posee tres figuras. Otros la llaman Lucina, Diana y Hécate, puesto que atribuyen a una sola diosa las tres potestades de nacer, ser fuerte y morir; y dicen que Lucina es la diosa del nacimiento, Diana de la salud, Hécate es la muerte; a causa de esta triple potestad, la representaron triforme y triple y le construyeron templos en las encrucijadas (42).

En su aspecto más negativo se la asimila a Némesis, diosa de la venganza. Y en otros aspectos, a la egipcia Isis y a la púnica Tanit. Los perros y las antorchas encendidas son sus atributos, aunque, también, las serpientes acompañaban a esta diosa.

Pausanias nos dice que en la isla de Egina había un santuario donde se adoraba un "xoanon" de la diosa Hécate con un solo cuerpo (43). Se cree que el escultor Alcámenes fue el primero que hizo una imagen de *Hécate Triforme*.

Como diosa de triple cuerpo, o tricéfala, presidía las encrucijadas de los caminos, la magia y los hechizos. Muchas veces se decía que su forma triple derivaba de las fases de la luna, algo que hemos podido ver en el texto del latino Servio, unas cuantas líneas más arriba. Plutarco le da el epíteto de "*Trioditis*" (44).

Hécate se relaciona con hechiceros míticos, como Eetes, y con brujas y magas tan célebres como Medea y Circe, siendo esta última, a su vez, tía de Medea.

Empusa y **Escila**, dos de los monstruos femeninos más famosos, ya vistos en estas páginas, son consideradas hijas de Hécate.

Lamia

Lamia fue una muchacha de gran belleza, hija de Belo y Libia, que había nacido en las tierras africanas de Libia. Zeus se enamoró de ella y la hizo madre de varios hijos. Niños que Hera, la celosa, cruel y vengativa esposa del poderoso dios del Olimpo, hacía desaparecer y morir. Entonces Lamia, llena de dolor y de desesperación, enloqueció y se convirtió en un atormentado monstruo femenino, con rostro humano y cuerpo híbrido de mujer-dragón o de mujer-serpiente, que robaba y chupaba la sangre a los hijos de otras madres, más felices y afortunadas que ella, a las que envidiaba su buena suerte. Desde la cueva donde se ocultaba, Lamia espiaba y sorprendía a los pequeños para devorarlos. Hera, su rival, además, le había privado del sueño y de la posibilidad de poder descansar y olvidarse, por un breve espacio de tiempo, de su infortunio. Zeus, finalmente, se compadeció de la infeliz Lamia y le concedió el extraño don de poder quitarse los ojos a voluntad (como las Grayas), para que, de esta original manera, pudiera dormir. Cuando dormía o estaba borracha era totalmente inofensiva, pero cuando vagaba insomne por las noches resultaba muy peligrosa, especialmente, para los niños y las niñas.

Nombrando a Lamia, las madres y las nodrizas griegas asustaban a los niños traviesos y desobedientes (45).

Su equivalente en el mundo oriental será **Lilith**, una especie de mujer fatal, vampiresa y devoradora de hombres, además de asesina de niños pequeños (46).

La evolución de la figura de Lilith es muy compleja, volviéndose más y más demoníaca y terrible, a medida que los valores masculinos y patriarcales van imponiéndose, de manera progresiva, y logrando, como fruto lógico, la sumisión de las mujeres.

En la antigua Sumeria, Lilith era *la colaboradora fiel* de la Gran Diosa Inanna, a quien ayudaba atrayendo a los varones a su templo, donde se practicaba la *prostitución sagrada*. Por esto se la consideró la *Prostituta*, la *Seductora de hombres* y la *Ramera*. Era una diosa lunar, como la Hécate griega.

Se la confundía con Lil, diosa sumeria de los vientos destructivos y de las tormentas.

Y con Lamashu, que asustaba a las parturientas, que recurrían a toda clase de ritos mágicos y amuletos para ahuyentarla, porque la responsabilizaban de las fiebres puerperales, que llevan a la tumba a las mujeres recién paridas, y de la muerte de los neonatos.

En el *Talmud* y en muchas leyendas judías se presenta como la primera esposa rebelde de Adán, que no quiso someterse a los intentos de dominio sexual de su marido, siendo rechazada y reemplazada por Eva, menos independiente y más sumisa. Por este motivo se convirtió en un *súcubo* (así aparece en el *Zohar*, importante texto místico de la Cábala hebrea), en una diablesa nocturna asesina de niños pequeños, como la Lamia griega y la Lilitu asirio-babilonia, que atacaba a los hombres a traición, mientras, confiados, dormían (47).

Las Moiras o Parcas

Nos encontramos con otra *trinidad* de mujeres (como las Erinias, las Gorgonas y las Harpías...). De nuevo, con tres hermanas con genealogía muy dudosa, pues suelen aparecer como hijas de Zeus y Temis (la diosa del Orden y de la Justicia) y como hijas de la Noche, sin intervención de varón alguno. En la *Teogonía* de Hesíodo se ven expuestas estas dos genealogías, separadas ambas por unos setecientos versos, aproximadamente:

La diosa, la orgullosa Noche, dio a luz sin acostarse con nadie (...) a las Moiras y a las Keres, vengadoras implacables: a Cloto, a Láquesis y a Átropo que conceden a los mortales, cuando nacen, la posesión del bien y del mal y persiguen los delitos de hombres y dioses. Nunca cejan las diosas en su terrible cólera antes de aplicar un amargo castigo a quien comete delitos (48).

En segundo lugar, (Zeus) se llevó a la brillante Temis que parió a las Horas, Eumonía, Dike y la floreciente Eirene (...) y a las Moiras, a quienes el prudente Zeus otorgó la mayor distinción, a Cloto, Láquesis y Átropo, que conceden a los hombres mortales el ser felices y desgraciados (49).

En un fragmento *órfico* se las considera hijas de Urano y de Gea (50) y, por tanto, hermanas de Zeus, que, en la mayoría de los textos y tradiciones, pasa a ser su padre. Higino las hace hijas de la Noche y el Erebo (51).

Las Moiras fueron unas abstracciones filosóficas que acabaron convirtiéndose en tres divinidades, porque cada ser humano tiene, cuando nace, su propia *moira*, es decir, su propio Destino, su parte de vida, de felicidad, de desdicha, etc. Estas tres divinidades se parecen, pues a las Keres (ya citadas más arriba, en el texto de Hesíodo), que pasaban por ser hermanas tuyas, aunque sin su carácter terrorífico y sanguinario, ya que las Keres (o Ceres), en la *Ilíada*, son descritas como genios alados femeninos, dotados de poderosos dientes, que beben la sangre de los guerreros muertos en los campos de batalla.

Las Moiras son las diosas del Destino, un Destino inflexible al cual nadie puede escapar, ni siquiera los propios dioses. Así Zeus (el Júpiter romano) le dice a la diosa Deméter (Ceres para los romanos) que:

... Si tan gran deseo tienes de una separación, volverá Proserpina (o sea, la griega Perséfone) al cielo, aunque con una condición determinada, si no ha tocado allí con su boca alimento alguno; pues así ha sido dispuesto por las Parcas (52).

Por esta causa, al haber probado alimento, unos granos de granada, mientras se hallaba en el mundo subterráneo, Perséfone tiene que permanecer bajo tierra unos meses cada año. El tiempo que la joven diosa tiene que estar junto a Hades varía

según los autores. Para unos, sólo los tres meses del invierno. Para otros, la mitad del año. El resto, lo pasaba junto a su querida madre Deméter. Era entonces cuando los campos florecían y en los árboles se anunciaban los primeros frutos y todo el esplendor de la Naturaleza se mostraba en su apogeo.

En Roma las Parcas son las diosas del Destino. La palabra latina "*Parcae*" es un sustantivo derivado de la misma raíz que el verbo "*parare*", que significa parir (53). Es decir, seres divinos que acompañaban a los humanos desde su nacimiento hasta su muerte, que era, también, decidida por estas tres Hilanderas, que la imaginación popular imaginaba como ancianas inmortales. Se identifican con las Moiras griegas. Como hemos visto, ambas son Hilanderas y el hilo que manejan, con sus divinas manos, es el hilo de la vida, que Atropo, *la Inflexible*, corta, poniendo punto final a la existencia del individuo, señalando que le ha llegado su hora. Cloto es *la que hila* y Láquesis, *la que asigna los lotes*. La tarea de tejer era la ocupación más importante de las mujeres tanto en Grecia como en Roma.

Su aspecto físico, como ya hemos dicho, no era monstruoso, pero su nombre, Moiras, aterrizaba a todo el mundo, porque en sus manos estaba la suerte o la desgracia que ellas otorgaban a todos los humanos sin distinción. *Moirá* deriva del verbo griego *meíromai* (54), cuyos significados más usuales son: dividir, repartir, tomar como parte, estar decretado, estar escrito, estar determinado por el destino o por los dioses... En griego moderno la palabra que corresponde a la voz *destino* sigue siendo, todavía, *moíra*.

Su poder es inmenso y misterioso, extradivino. Son las encargadas de ejecutar el destino individual de cada ser humano, por lo tanto, las que deciden la muerte de todos los hombres y las mujeres... La muerte misma se podía designar con la palabra *θάνατος* y esto sucedía cuando cortaban el hilo de la vida de cada ser humano. La manera más conocida de nombrar a la Muerte es con la voz "*thánatos*"...

Mormó

Mormó es una especie de genio femenino, ogresa o fantasma infernal, con el que se amenazaba a los niños pequeños, para que obedecieran a los mayores.

La poetisa Erina (comienzos del siglo IV a.C.), en uno de los pocos fragmentos conservados de su celebrada obra *La Rueda*, al evocar los años felices de su infancia y sus juegos infantiles, escribe con añoranza:

Y entonces, de niñas ¡qué miedo nos daba Mormó,

Con sus orejotas en la cabeza! A cuatro patas

Caminaba y de una a otra iba cambiando su apariencia (55)

En el *Idilio XV*, conocido como *Las Siracusanas*, una de las dos señoras, llamada Praxínoa, se dirige a su hijo pequeño y a la esclava que estaba a su cuidado, Frigia, un patronímico propio de su condición social, con estas palabras:

No voy a llevarte, hijito. Mormó, caballo, pupa. Lloro cuanto quieras, no es cosa de que te atropellen. Vámonos. Frigia, coge al niño y juega con él. Llama adentro a la perra. Cierra la puerta de la calle (56).

Mormó se podía confundir con Gelo, Empusa y Lamia, aunque su aspecto físico era el de una loba con orejas enormes y rostro cambiante, que mordía a los niños malos.

Mormólice

Es otro genio monstruoso femenino que se creía que fue nada menos que la nodriza de Aqueronte, el río de los Infiernos, que acabó siendo condenado a permanecer en el mundo subterráneo por haberse negado a dar de beber a los dioses olímpicos, en su combate con los Gigantes.

Mormólice también era invocada para asustar a los niños cuando se portaban mal. Se confunde con Mormó, que posiblemente era una forma abreviada su nombre propio (57).

Pitón

Fue una enorme y monstruosa serpiente que ocupó el Oráculo de Delfos hasta su muerte por el dios Apolo. Pitón era hija de Gea y desempeñaba funciones proféticas como sucesora de su madre y de la Titánide Temis (58). Apolo la mató porque Pitón había perseguido y atacado a Leto, madre del dios, instigada por la celosa Hera. Entonces sustituyó los cultos antiguos, de marcado carácter *ctónico*, por otros nuevos, apropiándose del Oráculo. Esto mismo es lo que vemos en el *Himno Homérico III a Apolo*:

El soberano hijo de Zeus mató con su poderoso arco a la Dragona (...), que causaba muchos daños a los hombres sobre la Tierra (...), a sus ovejas de ahusadas patas, pues era un azote cruento.

(...) En cuanto a la Dragona (...) le lanzó un poderoso dardo ensangrentado, y se jactó Febo Apolo:

¡Púdrete ahora aquí, sobre la gleba nutridora de hombres! (...)

Desde entonces (...) al Soberano lo llaman Pito de sobrenombre, porque fue allí mismo donde pudrió al monstruo el vigor del penetrante sol (59).

En el texto hay una curiosa etimología del nombre Pito, que se hace derivar del verbo "pýtho" (πύθω), cuyo significado era pudrirse. En el Himno, la serpiente aparece innominada, pero se la puede identificar con la Dragona Delfine que aparece en autores como Apolodoro y Calímaco (60).

Higino en la *Fábula 140*, nos habla del destino de la serpiente Pitón y de su fracaso para eludirlo:

Pitón era una enorme serpiente, hija de la Tierra. Antes de Apolo, ella solía dar las respuestas del oráculo en el monte Parnaso. Su destino era que habría de morir a consecuencia del parto de Latona.

En este tiempo, Júpiter se unió en el lecho a Latona (...). Cuando Pitón se enteró de que estaba embarazada de Júpiter, empezó a perseguirla para matarla.

(...) Cuatro días después de haber nacido, Apolo vengó los sufrimientos de su madre y mató a Pitón con sus flechas, por lo que es llamado Pitio. Echó sus huesos en un caldero, que colocó en su templo e instituyó unos juegos fúnebres que son llamados Píticos (61).

La Quimera

Era un ser híbrido, mezcla de serpiente, leona y cabra, con tres cabezas, según la descripción que de ella nos hace el poeta Hesíodo:

La Hidra parió a la terrible, enorme, ágil y violenta Quimera, que exhala indómito fuego. Tres eran sus cabezas: una de león de encendidos ojos, otra era de cabra y la tercera de serpiente, de violento dragón (62).

La Quimera aparece, generalmente, como hija de Tifón y Equidna, aunque para Hesíodo, como se puede ver en el texto seleccionado, era hija de la Hidra de Lerna, hija, a su vez, de la citada Equidna. El héroe Belerofonte, hijo del dios Poseidón, con la estimable ayuda del caballo alado Pegaso, le dio muerte por orden de Yóbates, rey de Lidia, porque arrasaba su territorio y robaba los rebaños. Belerofonte le lanzó un pedazo de plomo que, al ser tragado por la Bestia, acabó derritiéndose, matando a la Quimera. El joven héroe, por ésta y por otras hazañas, acabó casándose con la hija del rey lidio, llamada Anticlia o Filónoe, según los distintos autores.

La mejor imagen de la Quimera nos la proporciona la escultura etrusca conocida como la *Quimera de Arezzo* (entre el 380 y el 360 a. C), conservada en el Museo Arqueológico de Florencia, hecha en bronce y realizada con tanta energía y vitalidad que podría tratarse de una obra importada de la Magna Grecia. Fue encontrada en el año 1545 y elogiada por el propio Benvenuto Cellini, a quien se le atribuye una primera restauración. Posteriormente, en otra restauración, bastante desafortunada, la cabeza

de la Serpiente, que hace el papel de cola, muerde un cuerno de la cabeza de cabra, que le nace del centro del lomo (63).

Las Sirenas

Las Sirenas son unos *daímones* femeninos marinos, hijas del dios río Aqueloo y de una de las nueve Musas, pues, en la identidad de la madre, los autores no se ponen de acuerdo. Para Apolonio de Rodas eran hijas de Terpsícore, musa de la danza. En cambio, para Higino su madre fue Melpómene, la musa de la tragedia. Por esta razón el poeta latino Ovidio les aplica el epíteto de *doctas* (*doctae*), que es característico de las Musas.

Tienen cabeza y pecho de mujer, pero el resto de su cuerpo es de ave de rapiña. En una vasija ática (un *stamnos*) de figuras rojas, de hacia el 450 a.C., conservada en el British Museum, podemos ver como tres Sirenas abordan la nave de Odiseo, que está atado desnudo al mástil del navío. Dos Sirenas están de pie, posadas sus patas sobre rocas marinas, mientras que la tercera se precipita de cabeza, frustrada por no haber logrado que los marinos aqueos escucharan su seductor y destructor cántico. El navío de Odiseo lleva pintado, sobre su proa, un enorme ojo abierto (64), que era un poderoso amuleto que protegía los barcos griegos de toda suerte de peligros, naufragios y adversidades (65).

Su número oscila entre dos, tres o cuatro. Homero no les da ningún nombre. Apolodoro nos da los nombres de Pisínoe, Agláope (*Bello Rostro*) y Telxiepía (*Palabras Tranquilizadoras*) y nos informa que una tocaba la cítara, otra cantaba y la restante, tocaba la flauta (66). Otros autores nos dicen que se llamaban Parténope (*Rostro de Muchacha*), Leucosia (*Criatura Blanca*) y Ligia, *Grito Penetrante* (67). O Teles (*Perfecta*), Redne (*Progreso*), Molpe (*Música*) y Telxíope, *Rostro Convincente* (68).

En la literatura aparecen por primera vez en el *Canto XII* de la *Odisea*. Es la maga Circe quien aconseja a Odiseo que tome ciertas precauciones (pensemos en el tópico de que *detrás de un gran hombre siempre hay una mujer*) para eludir el hechizo de su hermoso y fascinante cántico:

Lo primero que encuentres en ruta será a las Sirenas, que a los hombres hechizan venidos allá. Quien incauto se les llega y escucha su voz, nunca más de regreso el país de sus padres verá ni a la esposa querida ni a los tiernos hijuelos que en torno le alegren el alma. Con su aguda canción las Sirenas lo atraen y le dejan para siempre en sus prados; la playa está llena de huesos y de cuerpos marchitos con piel agostada.

Así pues, hay que ser astutos para evitar el peligro y salir indemnes. Para ello aconseja a Odiseo lo siguiente:

Tú cruza sin pararte y obtura con masa de cera melosa el oído a los tuyos: no escuche ninguno aquel canto; sólo tú lo podrás escuchar si así quisieras, mas antes han de atarte de manos y pies en la nave ligera. Que te fijen erguido con cuerdas al palo: en tal guisa gozarás cuando dejen oír su canción las Sirenas. Y si imploras por caso a los tuyos o mandas te suelten, te atarán cada vez con más lazos. Al cabo tus hombres lograrán rebasar con la nave la playa en que viven esas magas. No puedo decirte de fijo qué rumbo te conviene seguir después de ello (69)

Después de todas estas recomendaciones de Circe, Odiseo no tiene otra opción que rogarles a sus compañeros que sigan sus prudentes indicaciones:

Lo primero exhortóme a evitar a las magas Sirenas, su canción hechicera, sus prados floridos: yo solo escucharlas podré, pero antes habeis de trabarme con cruel atadura que quede sujeto en mi puesto. Bien erguido del mástil al pie me atareis con maromas y, si acaso os imploro u os mando aflojar esas cuerdas, me echareis sin piedad nuevos nudos...(70)

Cuando una *calma chicha*, una extraña bonanza de tipo mágico, invade la azul superficie de la mar, Odiseo procede a ejecutar lo acordado:

...Cogí el bronce agudo, corté un pan de cera y, partiéndolo en trozos pequeños, los fui pellizcando con mi mano robusta: ablandáronse pronto, que eran poderosos mis dedos y el fuego del sol de lo alto. Uno a uno a mis hombres con ellos tapé los oídos y, a su vez, a la nave me ataron de piernas y manos en el mástil, derecho, con fuertes maromas y, luego, a azotar con los remos volvieron el mar espumante (71).

La profesora Ana Iriarte nos aclara que la palabra Sirena, etimológicamente, se relaciona con la voz griega **seirá** (σειρα, -ασ), que significa *cuerda*. Y es que sus voces resultan *liantes* y *encadenadoras* como las cuerdas. Lo paradójico es que Odiseo se libra de ellas con nuevas ataduras: haciéndose *atar* al mástil de su navío, para poder escuchar su enigmático cántico, sin ser *atrapado* por las *redes* y *cuerdas vocales* de estas vampiresas aladas. Por otra parte, sigue diciéndonos Ana Iriarte, la voz Sirena también evoca la palabra griega *seirén* (σειρην), término que, según Aristóteles, designaba a una abeja salvaje. Por eso, para vencerlas y poder escapar indemnes del hechizo de sus enigmáticas canciones, Odiseo recurre a la cera de las abejas, para taponar los oídos de los marineros de su navío, que no deben escuchar sus peligrosas y seductoras voces (72).

Resulta llamativo que, en el lenguaje metafórico y simbólico de los mitos, las mujeres que tienen **voz** hacen que ésta se convierta en una amenaza de muerte para todos aquellos varones que las escuchan. Tal ocurre con el canto de las Sirenas, con los enigmas que plantean las Esfinges y con el discurso de bienvenida de la reina

Clitemestra a su marido el rey Agamenón, poco antes de asesinarlo atrapándolo en una red. Y es que las mujeres deben estar confinadas en el “oikos” y con la boca callada, tal y como el héroe Ajax le ordena a su concubina Tecmesa, en la tragedia de Sófocles que lleva su nombre propio como título: “*Mujer, el silencio es un adorno en las mujeres*” (73). Tópico machista que, incluso, el propio Pericles incluyó, demagógicamente, en su célebre Epitafio en honor de los muertos, en la primera fase de la guerra del Peloponeso conocida como campaña megárica (74).

La audición del maravilloso canto de las Sirenas concluía, siempre, con la muerte; con la excepción de Odiseo y Orfeo, ningún ser humano mortal podía escuchar su canto y vivir para contarlo. Los marineros, incapaces de seguir su ruta, no hacían nada para impedir que sus naves se estrellasen contra los escollos y las rocas marinas y ellos mismos acababan ahogados y devorados por estas peligrosas mujeres-pájaro. Sólo Ulises podrá escuchar su voz sin sucumbir, una voz cargada de dotes proféticas y adivinatorias. Una voz irresistible que conduce a una muerte monstruosa y atroz: la descomposición del cadáver al aire libre y las osamentas blanqueándose al sol. Y es que ellas seducen de un modo muy similar a como lo hace el divino Eros, con el magnetismo fatalista de sus voces. Un Eros que lleva a la Muerte, directamente a Thánatos. Fascinación, llamada erótica y, finalmente, la Muerte como punto final del trayecto. Las Sirenas también son conocidas como los pájaros del Hades, como las compañeras de Perséfone, son unas cantoras virginales que acompañan a los dioses del Inframundo (75).

Higino, en *la Fábula 125*, resume muy brevemente este famoso episodio de la *Odisea*:

Luego llegó ante las Sirenas, hijas de la musa Melpómene y de Aqueloo, que tenían la parte superior de mujer pero la inferior de ave. Su destino era vivir tanto tiempo como no pasara de largo ningún mortal al oír su canto. Ulises, instruido por Circe, hija del Sol, tapó con cera los oídos de sus compañeros y ordenó que a él lo amarrasen al palo mayor y así pasaron de largo (76).

En *la Fábula 141* nos hace saber que no siempre fueron unas mujeres-ave, sino que su apariencia es el resultado de una metamorfosis que la diosa Deméter, la Ceres latina, les hizo impuso como castigo divino:

Las Sirenas, hijas del río Aqueloo y de la musa Melpómene, huyendo del rapto de Proserpina, llegaron a la tierra de Apolo. Allí, por voluntad de Ceres, fueron convertidas en aves por no haber prestado auxilio a Proserpina (77).

Idea que también recoge Ovidio, en su *Metamorfosis*, con algunas variantes muy notables, puesto que este poeta las hace fieles servidoras de la diosa Proserpina (o Perséfone):

...¿De dónde os vienen la pluma y las patas de ave, puesto que tenéis rostro de doncella? ¿Acaso porque cuando Proserpina recogía primaverales flores, formabais parte de su séquito, doctas Sirenas? Después de haberla buscado en vano por todo el mundo, inmediatamente, para que la llanura marina conociera vuestra preocupación, deseasteis poder posaros sobre las olas con los remos de vuestras alas y tuvisteis a los dioses propicios y visteis empezar a dorarse con repentinas plumas vuestros miembros; sin embargo, para que aquella melodía nacida para ablandar los oídos y tan gran don de vuestra boca no perdiera la utilidad de la palabra, permanecieron el rostro y la voz humana (78).

También, antes de que lo hiciera Odiseo, los Argonautas, pasaron muy cerca de la isla de las Sirenas, pero Orfeo, con el acompañamiento de su lira, se puso a cantar, compitiendo con ellas, y, así, ninguno de los héroes del Argo tuvo la tentación de abandonar el navío, salvo Butes, que fue salvado por Afrodita, otra bella divinidad nacida en el mar.

La versión moderna de las Sirenas como seres híbridos mitad-mujer-mitad-pezu no se da, nunca, en la Antigüedad clásica, donde los seres acuáticos con cola de pescado se identifican con otras divinidades y semidioses marinos, como Tritón (y los Tritones y Tritónides), Glauco, la oceánide Eurímona y la diosa siria Déceto, madre de la mítica reina Semíramis, quien, al arrojarse al lado Ascalón, se metamorfosea y recibe una cola de pescado.

El culto a Déceto se traspa a la diosa romana Diasuria, cuya estatua era sumergida dos veces al año en la ciudad siria de Hierópolis. Además sus fieles no podían comer carne de pescado.

Otros seres marinos con cola de pez son las Nereidas, que acompañan a la diosa Anfitrite, esposa de Poseidón. Las Nereidas tienen la apariencia de hermosas mujeres con el cuerpo cubierto de escamas, según Plinio el Viejo en su *Historia Natural*, pero protegen a los marinos y no buscan su muerte. Las Nereidas son hijas de Nereo, que era hijo, a su vez, de Océano y de la diosa Tetis, la madre del héroe Aquiles (79).

Es en el siglo VI después de Cristo, en el anónimo *Liber Monstruorum de diversis generibus* cuando empiezan a aparecer las Sirenas con cola de pescado:

Las Sirenas son doncellas marinas, que seducen a los navegantes con su espléndida figura y con la dulzura de su canto. Desde la cabeza hasta el ombligo, tienen cuerpo femenino, y son idénticas al género humano; pero tienen las colas escamosas de los peces, con las que siempre se mueven en las profundidades (80).

La figura de las Sirenas con cuerpo de mujer y cola de pez no aparece en ningún relato antiguo, aunque en la mitología griega las Nereidas aparecen representadas como seres híbridos mitad mujer y mitad pescado, o mejor dicho, mitad cola de delfín. En la Edad Media coexisten ambas representaciones iconográficas y, así, vemos Sirenas-ave en algunos capiteles, mientras, simultáneamente, en otros su imagen es la de una mujer-pez.

Frente a la localidad de Positano, en la llamada Costa Amalfitana, se encuentran las islas de Li Galli, que hasta el siglo XIX fueron llamadas islas Sirenuse, que pasaban por ser consideradas las moradas de las míticas Sirenas homéricas. Estas tres islas, actualmente, reciben los nombres de Gallo Lungo, la Rotonda y Castellucia.

Otro topónimo alusivo a las Sirenas se encuentra en Paestum, concretamente en las murallas que protegen su impresionante recinto arqueológico. Las murallas de Paestum, cuya construcción se hizo entre los siglos V y IV a. C., cuentan con cuatro puertas, orientadas hacia los cuatro puntos cardinales. Estas puertas reciben los siguientes nombres: La del norte Puerta Aurea, la del sur Puerta de la Justicia, la del oeste Puerta Marina y la del este Puerta de la Sirena.

3. DIVERSAS INTERPRETACIONES DE ESTOS MITOS

En el Diccionario de la Lengua Española (vigésima primera edición) encontramos estas cuatro definiciones de la palabra monstruo, que podemos aplicar a todas estas criaturas que hemos ido describiendo en estas páginas:

- Producción contra el orden regular de la naturaleza.
- Ser fantástico que causa espanto.
- Persona o cosa muy fea.
- Persona muy cruel y perversa.

Y es que la monstruosidad se puede manifestar bajo muchos y variados aspectos, destacando, como rasgo más sobresaliente el hibrismo, o sea, seres que son mitad humanos y mitad animal, como Equidna, las Sirenas, las Gorgonas, las Harpías, las Estriges, Escila, el Minotauro... Tanto la falta de algún órgano, pensemos en las tres Grayas, que comparten un solo ojo y un único diente, como la proliferación de éstos, dan como resultado seres monstruosos. También el tamaño gigantesco y desmesurado: La Serpiente Pitón, los Cíclopes.

Muchos de los monstruos femeninos son el resultado de metamorfosis punitivas: Escila, la Gorgona Medusa, las Sirenas. Aunque, a veces, esta metamorfosis la sufre la criatura más débil e inocente, que acaba convirtiéndose en víctima propiciatoria de

diosas crueles, violentas, celosas o reprimidas: tal es el caso de Lamia, transformada en un monstruo triste e insomne por Hera, y de Medusa, castigada por la diosa Atenea. Medusa era una muchacha de extraordinaria belleza. Poseidón, el dios del mar, se enamoró de Medusa y se une sexualmente a ella en el interior de un templo consagrado a la diosa Atenea. Entonces diosa virgen la castiga y la transforma en un monstruo con serpientes en vez de cabellos ¿Por qué? Se pregunta la profesora y escritora valenciana Pilar Pedraza, quien, en vez de buscar una convincente respuesta, se formula otra pregunta que, en realidad, no es más que un recurso retórico, para, a continuación, ir a dónde quiere realmente ir:

¿Es que Atenea castigó en otra cabeza una culpa propia, un ayuntamiento incestuoso con su tío, tal vez no cometido, pero sí deseado?

Y, haciendo gala de una imaginación fantasiosa y calenturienta, añade algo que parece estar en su mente, pero no en el viejo mito grecorromano:

Matarla y exhibir su cabeza ensangrentada es lo propio de la diosa de la Razón, que advierte: Mirad, he vencido, la he vencido a ella y me he vencido a mí misma (81)

Observamos que hay ambigüedades y una confusión genealógica, y que muchos de estos monstruos femeninos llevan en su interior las huellas de la barbarie, de la *hybris*, de la violencia irracional y destructora y del Caos primigenio y primordial. Por eso, muchos de estos seres acaban siendo eliminados por los dioses de la última generación divina, Apolo mata a la Serpiente Pitón, y por héroes, como Perseo y Belerofonte, que matan, respectivamente, a la Gorgona Medusa y a la Quimera. Esta eliminación física puede simbolizar el establecimiento de un orden nuevo, más armonioso, civilizado, humano y justo, menos peligroso, caótico y destructor. Es el triunfo de la Inteligencia y la Razón sobre las fuerzas más brutales del Instinto y la violencia primordial. Y ahora conviene recordar que la Razón era considerada una cualidad esencialmente masculina, frente a las concepciones tradicionales de la mujer, pura naturaleza irracional. Según la interpretación psicoanalítica, estos combates victoriosos de héroes contra monstruos (femeninos) representan la victoria del Super-Yo sobre el Ello. Además, Carl Gustav Jung, en su libro "*Psicología y alquimia*" afirma que las figuras que aparecen en el sueño son femeninas, lo que indica el carácter femenino del inconsciente (82). Son las ninfas, las hadas, las sirenas, las brujas y las lamias que hechizan al marinero, o al solitario caminante, y lo atrapan en peligrosas trampas mortales, que representan nuestros deseos y temores más ocultos y profundos porque, como dijo el genial pintor aragonés Goya, "*El sueño de la razón produce monstruos*".

El mito de Gelo responde al temor atávico que se da en muchas culturas populares, cuando una muchacha muere prematuramente, siendo soltera y virgen. Se creía que, una vez muerta, reclamaba las bodas, o la maternidad, que la vida le negó. Y, por esta causa, regresaba desde la propia muerte, como alma en pena, para apropiarse de niños ajenos o de muchachos atractivos, para lograr, en la muerte, lo que no pudo obtener (y disfrutar) cuando vivía. Las Sirenas aparecen siempre como seres

femeninos virginales, que acompañan a la diosa Perséfone, lo que vuelve a testimoniar la concepción griega de que la muchacha virgen, *parthenos*, es portadora de muerte (83).

En sus estudios sobre el simbolismo de los mitos griegos, Paul Diel relaciona a las Gorgonas con las Erinias. Estas últimas son metáforas, muy evidentes, de los remordimientos que torturan, con persistencia y constancia, a las malas conciencias, como al matricida Orestes en la célebre trilogía de Esquilo. Juan Eduardo Cirlot coincide con Paul Diel cuando escribe que las Erinias "*simbolizan la culpa transformada en destructividad dirigida contra el culpable*" (84). Escapar de la Medusa es, para Diel, huir del ofuscamiento paralizante que nos ocasiona el sentirnos culpables por algo, un sentimiento que nos petrifica y que nos impide avanzar en cualquier sentido. La terrible mirada de Medusa viene a materializar la angustia paralizante que evoca algunos síntomas característicos de las depresiones endógenas. Y, por supuesto, el miedo que experimentamos, ante acciones, palabras y situaciones inesperadas. Un miedo que nos impide reaccionar y, así, nos quedamos paralizados, *petrificados*, tal y como se refleja en muchas expresiones populares: "*Me quedé de piedra*", "*Me pilló tan desprevenido, -a, que me quedé de piedra*"...

Para Freud la cabeza cortada de Medusa evoca el temor a la castración y, simultáneamente, la represión sexual ya que unía el ser una cabeza cortada rodeada de serpientes, evidentes símbolos fálicos. Además era llevada por Atenea, una diosa virgen, lo que le confería un enorme poder contra sus oponentes masculinos (85). Conviene recordar, aquí, lo que hemos dicho, más arriba acerca de la diosa Atenea, que exhibe, vengativa, orgullosa y desafiante, la cabeza de Medusa (Tesis más que discutible que, sin embargo, no terminamos de tomarnos completamente en serio, pues nos parece, con todos los respetos para la señora Pilar Pedraza, el resultado de una tremenda "*paja mental*").

La Gorgona puede simbolizar, también, la "*Dea Inversa*", la madre Terrible, el lado destructor de la Naturaleza. Opinión muy semejante a la de Karegeorgis que dice que la Gorgona aparece como la cara oscura de esa Gran Diosa Madre, cuya herencia asumió y recogió la diosa Artemisa: la "*Potnia Theron*". Las serpientes de su cabellera, para Cirlot, no representan una elevación de una fuerza inferior, sino, a la inversa, la invasión de una zona superior (la cabeza) por fuerzas inferiores que se arrastran por el suelo (86).

Para la profesora Ana M^a Vázquez Hoys, en la cabeza cortada de Medusa se unen tres poderosos amuletos: los ojos de mirada petrificante, que combaten el "*mal de ojo*", el nudo hercúleo, que alejaba los males y las enfermedades, y las múltiples serpientes de su cabellera, un símbolo polisémico, pues, solamente en Grecia, la serpiente está relacionada con la fecundidad, la adivinación y el culto a Esculapio, hijo de Apolo y dios de la medicina, entre otras muchas atribuciones. Por todas estas razones, Atenea se apropia de la cabeza de Medusa, por su inmenso poder *apotropaico*, palabra de clara etimología griega (de *apotrópaios*, el que corta los males, el que aparta la desgracia, el protector, sobre todo, contra el ya citado *mal de ojo*) que significa *amuleto* profiláctico muy poderoso (87). Amuleto que usaban, con frecuencia, los

militares, en sus corazas y carros de guerra, porque se creía que la cabeza de la Gorgona daba la victoria a quien la llevaba. Un bellissimo ejemplo lo tenemos en la imagen de Alejandro Magno en el monumental mosaico pompeyano que lo representa en la batalla de Isos, que fue encontrado en la sala principal de la *Casa del Fauno* de Pompeya. Este mosaico es una copia de una famosa pintura helenística de Filóxenes de Eretria, que es citada por Plinio el Viejo en su *"Historia Natural"* (35, 110). Actualmente se conserva en el Museo Arqueológico de Nápoles. Otro ejemplo que, también, se puede citar aquí, es el busto de mármol del Emperador Adriano que se guarda en el Museo de las Termas de Roma, que exhibe, en su coraza, un hermoso relieve con una enorme Gorgona, con su correspondiente "*nudo mágico*" debajo de su barbilla. El escudo de muchos hoplitas griegos y las corazas de muchos emperadores romanos están adornados con la imagen terrorífica de la Gorgona porque sus propietarios intentan "*imitar la égida*", el arma sobrenatural de la diosa Atenea y, también, protegerse del "*mal de ojo*", porque el "*gorgoneion*" era un poderoso amuleto contra el "*fascinum*" (88).

En muchas tumbas griegas se colocaban estatuas, o relieves escultóricos, de Sirenas, de Esfinges y de Gorgonas, a modo de representaciones "*apotropaicas*", para proteger dichas sepulturas, desempeñando la función de guardianas, pero, sobre todo, como protección de los seres humanos vivos contra los desconocidos y aterradores peligros que nos pueden llegar del Más Allá.

La Esfinge que persigue a los jóvenes y los atrapa, con sus garras de leona o de perra, puede significar la Muerte de éstos. Etimológicamente la palabra Esfinge, en griego, significa "*la que aprieta*", "*la que ahoga*", "*la que oprime*"... Procede del verbo σφίγγω, cuyo significado es cerrar, estrechar, apretar, oprimir, etc. Jung ve en ella un símbolo de la "*Madre Terrible*" (89) devoradora y castradora de sus propios hijos.

Las Harpías, seres repulsivos donde los haya, personifican los vicios y su doble tensión: la culpa y el castigo (90). Su simbolismo guarda una cierta relación con las Erinias, como quiere Paul Diel, pero éstas últimas castigan los delitos y crímenes cometidos contra el orden social y, sobre todo, contra la familia. Por eso se dirigen al joven dios Apolo, que protege a Orestes, asesino de su madre Clitemnestra, con estas palabras:

¡Cosas así hacen los dioses demasiado jóvenes! Ejercen en todo el poder en detrimento de la justicia: puede verse un trono manchado, de pies a cabeza, por la sangre de un asesinato. ¡Y el ombligo de la tierra cargado con el espantoso sacrilegio de la sangre!

... Puesto que me guía la sangre de una madre, perseguiré en justicia a este hombre y seré para él un cazador con una jauría.

Atenea: Adiós también vosotras (...). Id y, mientras se ofrecen solemnes víctimas, descendad bajo tierra, para alejar de este país lo que sea perjudicial y traer lo que pueda ser provechoso para el triunfo de la ciudad (91).

Hécate es otra Madre Terrible, diosa tutelar de la hechicera Medea y personificación de la Luna o del "*Principio femenino en su aspecto maléfico*" (92). Jung señala el hecho de que también se llama Lamia a un enorme pez muy voraz (93). La voz Lamia guarda relación con la palabra griega λαιμα, -ατος, que significa *abismo* y *profundidad*.

Por último, las aladas Sirenas son unos claros símbolos del deseo que lleva a la autodestrucción. Desde sus orígenes, el cristianismo demonizó a las Sirenas y las consideró como unas fieles aliadas de Satanás, símbolos de las tentaciones y de los pecados que aniquilan el alma de los seres humanos e imposibilitan la salvación eterna. Clemente de Alejandría compara la figura de Ulises, atado al mástil de su navío, con Cristo en la Cruz. Metodio de Olimpo invoca las palabras sagradas de los apóstoles y de los profetas que actúan como escudos protectores frente a los hechiceros cánticos de las Sirenas. Ambrosio de Milán identifica a las Sirenas con los placeres sensuales y con las tentaciones de la carne. Según él, el cristiano lo que debe hacer es atarse al mástil de la Cruz, como Ulises, para escapar victorioso de las pasiones (94).

Iconográficamente las Sirenas, en su doble versión de mujeres-pájaro y mujeres-pez, tuvieron una gran difusión en muchos templos cristianos, sobre todo en algunos capiteles románicos, compitiendo con otros monstruos, igualmente fantásticos, que formaban parte de los *Bestiarios* medievales, algunos de los cuales han sido recreados por Umberto Eco en su novela "*Baudolino*".

Sin embargo, para los psicoanalistas, el palo mayor, al que se ata Ulises, es una evidente imagen fálica. De la misma manera que las seis cabezas de agresivos canes, previstos de afilada dentadura, que tiene Escila en la parte inferior de su cuerpo, pueden representar el terror masculino frente a una "*vagina dentata*". Se trata de una amenaza escondida en un monte (¿el monte de Venus?). Caribdis, como ya hemos visto, es una boca succionadora que todo lo traga y el héroe homérico, el siempre astuto Odiseo, para escapar y evitar ser devorado por la monstra, se agarra a las ramas de una higuera silvestre, que crece en el acantilado marino (95). La madera de la higuera sirve para esculpir estatuas del dios itifálico Príapo. También está asociada a Dioniso, pues este dios se fabricó un falo de madera de higuera para autosodomizarse ante la tumba de Prósimo, según la narración de Clemente de Alejandría en su "*Protréptico*" (II, 34, 3-5). Su fruto, el higo, en cambio, está relacionado con el sexo femenino desde la antigua Grecia (Aristófanes, *La Paz*, verso 1350) hasta nuestros días, sobre todo en tierras catalanoparlantes.

Paradójicamente la Belleza en mayúscula, la Belleza total, también es una cualidad que hace que quien la posea en grado sumo, como Helena, se considere, ella misma, una especie de monstruo, una funesta Erinia, una calamidad para los troyanos y sus hijos (*Ilíada*, III, 156-160). Por eso, Helena no ve su bello rostro como semejante al de una diosa inmortal. Ella se califica, con desprecio, de mujer con "*Cara de perra*" (O sea: "*Kynopsis*", *Ilíada*, III, 180, *Odisea*, IV, 145), porque se identifica con un ser peligroso, de terrible poder mortífero, eso sí, en contra de su propia voluntad, bajo el cual ejercen su funesto ejercicio destructor el Ares más asesino y Eris, la diosa de la

Discordia (96). Helena, como Pandora, otra Bella, causará la destrucción de Troya y la muerte de muchos héroes, tanto griegos como troyanos. Pandora, según Hesiodo (*Teogonía*, 572-594; *Trabajos y días*, 43-99), será la culpable de todos los males que afectan a la Humanidad. Las dos Bellas serán dos funestos y terribles monstruos, no por su aspecto físico, sino por las trágicas consecuencias que, muy a su pesar, ambas mujeres causarán... O sea, nos encontramos con dos mujeres hermosísimas como causa de los males que afectarán a una ciudad, la mítica Troya, o a toda la Humanidad ¿Cabe mayor monstruosidad? Una monstruosidad que es fruto de una profunda misoginia.

NOTA de la INTRODUCCIÓN

- (1) Kaye, Evelyn: *A hole in the sheet: a Modern Woman looks at Orthodox and Hasidic Judaism*, New Jersey, 1987, Ed. Secaucus. La autora cita la fuente exacta de estas palabras, que proceden, como hemos dicho, del *Talmud* de Judah Ben Ilai, tal como se informa en la prestigiosa "*Jewish Encyclopedia*" de 1905 (Talmudic Prayer, Pág. 617). La palabra judía "goy" significa, en la tradición talmúdica, animal, bestia y también no-judío, gentil.

NOTAS

1. Homero, *Odisea*, XII, Versos 430 y siguientes.
2. Hesíodo, *Teogonía*, 295.
3. Heródoto, *Historia*, IV, 9-10, Traducción de Carlos Schrader.
4. Teócrito, *Idilio II*, 10-15, Traducción de Manuel García Teijeiro y M^a Teresa Molinos Tejada.
5. Aristófanes, *La Asamblea de las Mujeres*, Verso 1057 y siguientes, Traducción de Luís M. Macía Aparicio.
6. Aristófanes, *La Asamblea de las Mujeres*, Versos 1100 y siguientes.
7. Hesíodo, *Teogonía*, Versos 184-185.
8. Homero, *Odisea*, XII, Versos 85-97, Traducción de José Manuel Pabón.
9. Ovidio, *Metamorfosis*, XIV, Versos 60-68, Traducción de Consuelo Alvarez y Rosa M^a Iglesias, Madrid, 1995, Cátedra.
10. Higino, *Fábulas*, CXCIX, Madrid, 1997, Ediciones Clásicas, Págs. 172-173, Traducción de Santiago Rubio Fernaz.
11. Grimal, Pierre, *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, 1981, Paidós, Pág. 173.
12. Ovidio, *Metamorfosis*, VIII, Versos 90-95.
13. Cabrera, Paloma y otros autores, *Hombres Sagrados, Dioses Humanos*, Catálogo de la Exposición, 1999, Caja de Ahorros del Mediterráneo, Págs. 326-327.
14. Hesíodo, *Teogonía*, 326, Traducción de Aurelio Pérez Jiménez.
15. Sófocles, *Edipo Rey*, Versos 391 y siguientes, traducción de Assela Alamillo.
16. Sófocles, *Edipo Rey*, Verso 31.
17. Iriarte, Ana, *Las redes del enigma*, Madrid, 1990, Taurus, Págs 131-141. Vázquez Hoys, Ana M^a y Muñoz Martín, Oscar, *Diccionario de magia en el Mundo Antiguo*, Madrid, 1997, Alderabán, Pág. 159.
18. Vernant, Jean-Pierre y Vidal-Naquet, Pierre, *Mito y tragedia en la Grecia antigua*, II, Madrid, 1989, Taurus, Pág. 57, Traducción de Ana Iriarte.
19. Pausanias, IX, 26, 3-5.
20. Bornay, Erika, *Las hijas de Lilith*, Madrid, 1995, Cátedra, Pág. 257.
21. Iriarte, Ana, *Las redes del enigma*, Págs. 131-134. *De Amazonas a Ciudadanos, pretexto gineocrático y patriarcado en la Grecia Antigua*, Madrid, 2002, Akal,

- Págs. 79-81, 98-101 y 109-110. Cabrera, Paloma: "Los seres híbridos. Imágenes de la alteridad en la Grecia clásica", en *Seres híbridos en la mitología griega*, Madrid, 2012, Universidad Carlos III, Pág. 29.
22. Hesíodo, *Teogonía*, 274 y siguientes.
 23. Vernant, Jean-Pierre, *El universo, los dioses, los hombres. El relato de los mitos griegos*, Madrid, 2000, Pág. 202.
 24. Díez de Velasco, Francisco, *Los caminos de la muerte*, Madrid, 1995, Trotta, Págs 110-111.
 25. Ovidio, *Metamorfosis*, IV, Versos 794 y siguientes.
 26. Hesíodo, *Teogonía*, 279-284.
 27. Grimal, Pierre, *Diccionario de mitología griega y romana*, Págs. 56 y 218.
 28. Hesíodo, *Teogonía*, 270-273.
 29. Ovidio, *Metamorfosis*, IV, 774-84.
 30. Eratóstenes, *Catasterismos*, 22, Pág. 69.
 31. Vernant, Jean-Pierre, *El universo, los dioses, los hombres. El relato de los mitos griegos*, Págs. 199-200.
 32. Hesíodo, *Teogonía*, 272-273.
 33. Hesíodo, *Teogonía*, 265-269.
 34. Virgilio, *La Eneida*, III, Versos 210-260, Traducción de Javier de Echave-Sustaeta, Madrid, 1992, Gredos.
 35. Gallardo López, M^a Dolores, *Manual de Mitología clásica*, Madrid, 1995, Ediciones Clásicas, Pág 172. Iriarte, Ana: "Elogio de las Sirenas: el espejismo del héroe", en *Héroes, Semidioses y Daimones*, Jaime Alvar, Carmen Blanquer y Carlos G. Wagner (Eds.), Madrid, 1992, Ediciones Clásicas, Pág. 1. Pedraza, Pilar, *La Bella, enigma y pesadilla*, Valencia, 1983, Almudín, Pág. 90.
 36. Apolodoro, *Biblioteca*, I, 2, 6 y III, 15, 2.
 37. Higino, *Fábulas*, XIX, Pág. 36.
 38. Ovidio, *Fastos*, VI, 130-166, Traducción de Bartolomé Segura Ramos, Madrid, 1988, Gredos.
 39. Petronio, *Satiricón*, 63, Edición y traducción de Julio Picasso, Madrid, 1985, Cátedra, Págs. 127 y 128.
 40. Hesíodo, *Teogonía*, 410-415, 422-425, 429-453.
 41. Vázquez Hoys, Ana M^a y Muñoz Martín, Óscar, *Diccionario de magia en el mundo antiguo*, Madrid, 1997, Alderabán, Pág. 202.
 42. Vázquez Hoys, Ana M^a, *Diana en la religiosidad hispanorromana*, I, Madrid, 1995, UNED, Págs. 37 y 315.
 43. Pausanias, II, 30, 2.
 44. Vázquez Hoys, Ana M^a, *Diana en la religiosidad hispanorromana*, I, Págs. 344 y 355.
 45. Grimal, Pierre, *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, 1994, Paidós, Págs 303-304. Pedraza, Pilar, *La Bella, enigma y pesadilla*, Valencia,

- 1983, Almudín, Págs 97. Falcón Martínez, Constantino, Fernández-Galiano, Emilio, López Melero, Raquel, Diccionario de mitología clásica, 2, Madrid, 1997, Alianza, Págs. 360-361.
46. Bornay, Erika, Las hijas de Lilith, Págs 285 y 286.
47. Vázquez Hoys, Ana M^a y Muñoz Martín, Óscar, Diccionario de magia en el mundo antiguo, Págs 253-254. Camphausen, Rufus, Diccionario de la sexualidad sagrada, Palma de Mallorca, 1999, José J. de Olañeta Editor, Págs 196-197.
48. Hesíodo, Teogonía, Versos 214-223.
49. Hesíodo, Teogonía, Versos 901-905.
50. Ruiz de Elvira, Antonio, Mitología Clásica, Madrid, 1988, Gredos, Pág. 62.
51. Higino, Fábulas, Prologo, 1.
52. Ovidio, Metamorfosis, V, 530- 533.
53. Gallardo López, M^a Dolores, Manual de mitología clásica, Pág. 202.
54. Vázquez Hoys, Ana M^a y Muñoz Martín, Óscar, Diccionario de magia en el mundo antiguo, Pág. 292.
55. Bernabé Pajares, Alberto y Rodríguez Somolinos, Helena, Poetisas griegas, Madrid, 1994, Ediciones Clásicas, Págs. 150-151.
56. Teócrito, Idilio XV, 40-44, Traducción de Manuel García Teijeiro y M^a Teresa Molinos Tejada.
57. Falcón Martínez, Constantino, Fernández-Galiano, Emilio y López Melero, Raquel, Diccionario de mitología clásica, 2, Madrid, 1997, Alianza, Pág. 424.
58. Esquilo, Las Euménides, Versos 1-8. Apolodoro, I, 4, 1.
59. Himno Homérico III a Apolo, Versos 3000-374, Traducción de Alberto Bernabé Pajares.
60. Apolodoro, I, 6, 3. Calímaco, Himno a Apolo, 100 y Fragmento 88.
61. Higino, Fábulas, CXL.
62. Hesíodo, Teogonía, 320-323.
63. Elvira Barba, Miguel Angel, Arte clásico, Madrid, 1996, Historia 16, Pág. 132. González Serrano, Pilar, Historia Universal del Arte, Tomo 2, Grecia y Roma, Madrid, 2000, Espasa-Calpe, Págs 87 y 90.
64. Carpenter, Thomas H., Arte y mito en la antigua Grecia, Barcelona, 2000, Destino, Págs 234-235.
65. Vázquez Hoys, Ana M^a y Muñoz Martín, Oscar, Diccionario de magia en el mundo antiguo, Madrid, 1997, Págs. 325-329 (Ver las voces Ojo, Ojo de Horus, Ojo de la Luna, Ojo del Sol, Ojo Mágico y Ojo Udyat).
66. Apolodoro, Biblioteca, I, 3, 4; 7, 10 y 9, 25.
67. Ruiz de Elvira, Antonio, Mitología clásica, Madrid, 1988, Gredos, Pág. 39.
68. Grimal, Pierre, Diccionario de mitología griega y romana, Barcelona, 1994, Paidós, Pág 483.
69. Homero, Odisea, XII, 39-59, Traducción de José Manuel Pabón.

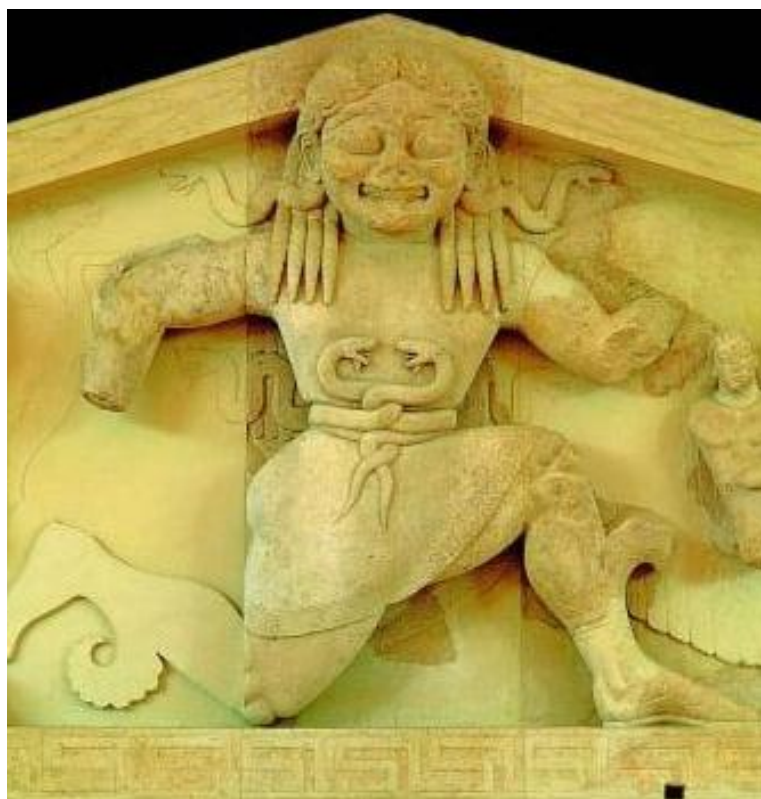
70. Homero, Odisea, XII, 158-165.
71. Homero, Odisea, XII, 173-180.
72. Iriarte, Ana, Las redes del enigma, Madrid, 1990, Taurus, Págs. 137-138. Y “Elogio de Sirenas: el espejismo del Héroe”, en Héroes, Semidioses y Daímones, Jaime Alvar, Carmen Blánquer y Carlos G. Wagner (eds.), Madrid, 1992, Ediciones Clásicas, Pág. 3.
73. Sófocles, Ajax, Verso 294, Traducción de Assela Alamillo.
74. Tucídides, Historia de la Guerra del Peloponeso, II, 45.
75. Vernant, Jean-Pierre, El individuo, la Muerte y el Amor en la antigua Grecia, Barcelona, 2001, Paidós, Págs. 139-141. Cabrera, Paloma: “Los seres híbridos. Imágenes de la alteridad en la Grecia clásica”, en Seres híbridos en la mitología griega, Alberto Bernabé y Jorge Pérez de Tudela (Eds.), Madrid, 2012, Universidad Carlos III de Madrid, Págs. 21-22.
76. Higino, Fábula 125, 13.
77. Higino, Fábula 141, 1.
78. Ovidio, Metamorfosis, V, 551-565.
79. Brasey, Edouard: Sirenas y ondinas, Palma de Mallorca, 2001, José J. De Olañeta Editor, Págs. 25-26.
80. Texto citado por José Jiménez en su libro Cuerpo y tiempo. La imagen de la metamorfosis, Barcelona, 1993, Destino, Pág. 122.
81. Pedraza, Pilar: La Bella, enigma y pesadilla, Valencia, 1983, Aludín, Págs. 116 y 117.
82. Brasey, Edouard: Sirenas y ondinas, Palma de Mallorca, 2001, José J. de Olañeta, Pág 13.
83. Iriarte, Ana: "Elogio de las Sirenas: el espejismo del héroe", en Héroes, Semidioses y Daímones, Madrid, 1992, Ediciones Clásicas, Pág. 1.
84. Cirlot, J. E., Diccionario de símbolos, Madrid, 1997, Siruela, Págs. 191-192.
85. Pedraza, Pilar, Op. Cit., Págs 142-145. Martín Hernández, Raquel: “Medusa y las Gorgonas”, en Seres híbridos en la mitología griega, Alberto Bernabé y Jorge Pérez de Tudela (Eds.), Madrid, Universidad Carlos III, Pág. 182.
86. Cirlot, Op. Cit., Pág 225.
87. Vázquez Hoys, Ana M^a y Muñoz Martín, Óscar, Diccionario de magia en el mundo antiguo, Madrid, 1997, Alderabán, Págs. 279, 290-291 y 44.
88. Loraux, Nicole: Las experiencias de Tiresias (Lo masculino y lo femenino en el mundo griego), Traducción de C. Serna y J. Pòrtulas, Barcelona, 2004, El Acanalado, Pág. 177. Martín Hernández, Raquel: “Medusa y las Gorgonas”, en Seres híbridos en la mitología griega, Alberto Bernabé y Jorge Pérez de Tudela (Eds.), Madrid, 2012, Universidad Carlos III, Pág. 170-171.
89. Cirlot, Op. Cit., Pág 195.
90. Cirlot, Op. Cit., Págs 95-96.

91. Esquilo, Las Euménides, Verso 164 y siguientes, verso 229 y ss., y verso 104 y ss., traducción de Bernardo Perea Morales.
92. Cirlot, Op. Cit., Pág 244.
93. Cirlot, Op. Cit., Pág 275.
94. Brasey, Edouard: Sirenas y ondinas, Págs. 45-47.
95. Wulff Alonso, Fernando: La fortaleza asediada. Diosas, héroes y mujeres poderosas en el mundo griego, Salamanca, 1997, Ediciones Universidad, Págs. 81-83.
96. Loraux, Nicole: Las experiencias de Tiresias (lo masculino y lo femenino en el mundo griego), Traducción de C. Serna y J. Pòrtulas, Barcelona, 2004, El Acanilado, Págs. 417-421.

FOTOGRAFÍAS



¿Sirenas o harpías? Capitel románico del claustro del monasterio de Silos.



Relieve de un tímpano del templo de Ártemis en Corfú.



Metopa de un templo griego de Selinunte (Sicilia) en la que aparece el héroe Perseo cortando la cabeza de Medusa y que se conserva en el Museo Arqueológico de Palermo (foto de Teresa M^a Mayor).



Una de las Gorgonas del templo de Apolo en Dídima, en Turquía (foto de Teresa M^a Mayor).



La llamada “*Medusa Rondanini*”, copia romana de una obra griega del siglo V a. C. (Glyptoteca de Munich).



Una de las dos Gorgonas de la cisterna bizantina conocida como Yerebatán, en Estambul, situada a pocos metros de Santa Sofía (foto de Teresa M^a Mayor).



Detalle de una coraza de un emperador romano, Museo Arqueológico de Cagliari, Cerdeña (Foto de Teresa M^a Mayor).



La diosa Atenea Pártenos (virgen), copia romana de una escultura original de Fidias que se conserva en el Museo Arqueológico de Bolonia (foto de Teresa M^a Mayor).



Esfinge arcaica del Museo de la Acrópolis de Atenas.